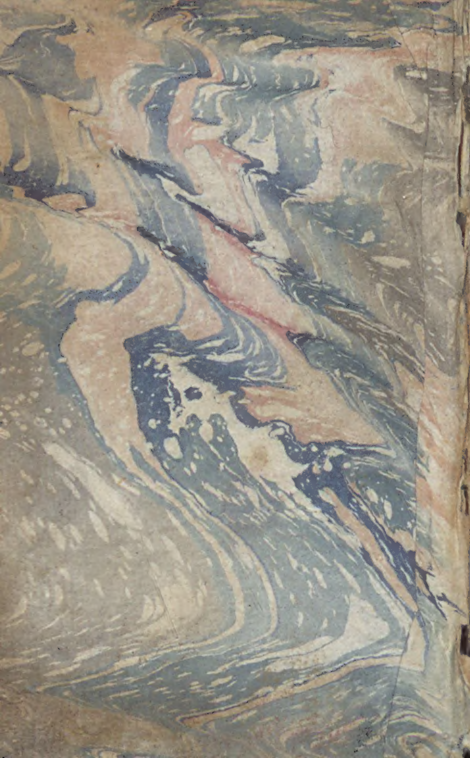
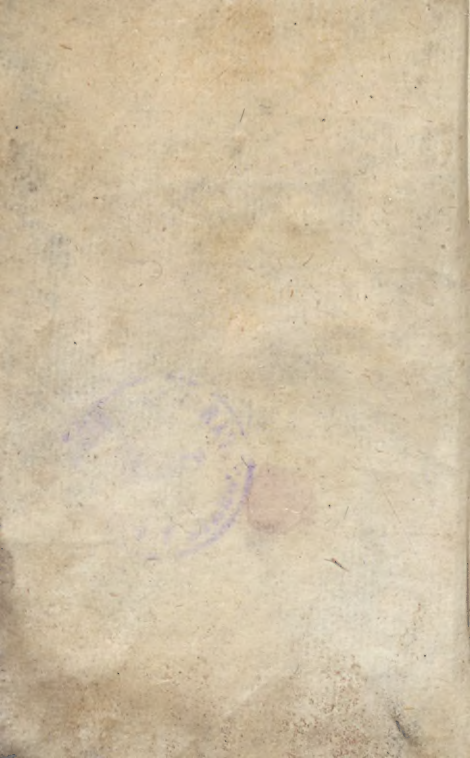








TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.



TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

HISTORIA SETENTRIONAL.

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



TOMO I.

BARCELONA.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMP.

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

CON LICENCIA.

1833.



Prólogo.

No son pocos los sabios que no obstante el notorio mérito de todas las obras del famoso español Miguel de Cervantes Saavedra, y sin embargo de los repetidos elogios prodigados principalmente á la VIDA Y HECHOS DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, que ha corrido siempre con la primera estimacion, dan la preferencia sobre todas ellas á los TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, que presento al público en esta nueva edicion.

El maestro José de Valdivieso, ingenio sólido y adornado de todas las amenidades del buen gusto, en la

aprobacion que dió en Madrid á 9 de setiembre de 1616 para la impresion de este libro, dice que *de cuantos dejó escritos ninguno es mas ingenioso, mas culto ni mas entretenido*: autoridad de tanto peso, que me escusa de la reproduccion de otras muchas.

Y finalmente, el mismo autor, en varios lugares, haciendo mencion de esta fábula, parece la considera como la mas estimable de sus producciones. Entre otros es notable el pasaje con que concluye la Epístola dedicatoria con que remite al Conde de Lemos la segunda parte del QUIJOTE, que es como se sigue: *Ofreciendo á V. E. los* TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, *libro á quien daré fin dentro de cuatro meses*, Deo volente, *el cual ha de ser ó el mas malo ó el mejor que en*

nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir, de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos ha de llegar al estremo de bondad posible.

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS, DE ANDRADA, DE VILLALVA, MARQUÉS DE SARRIA, GENTILHOMBRE DE CAMARA DE S. M. ETC., ETC.

Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Estrema-uncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. É. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo es-

to, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de los *Semanas del jardin*, y del famoso *Bernardo*; si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida las verá, y con ellas fin de la *Galatea* de quien sé está aficionado V. E., y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á 19 de abril de 1616.

Criado de V. E.
Miguel de Cervantes.

Prólogo del Autor.

Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traia deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró, dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona

bruñida y con trenzas iguales : verdad es, no traia mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traia sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando á nosotros dijo : ¿ Vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su Ilustrísima de Toledo y su Magestad ni mas ni menos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el víctor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros : El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojin y allí el por-

tamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: Sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, finalmente el regocijo de las musas. Yo, que en tan poco espacio ví el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas; y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes: yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino. Hízolo así

el comedido estudiante, tuvímos al-
gun tanto mas las riendas, y con paso
asentado seguímos nuestro camino,
en el cual se trató de mi enfermedad,
y el buen estudiante me desahució al
momento diciendo: Esta enfermedad
es de hidropesía, que no la sanará
toda el agua del mar Océano que dul-
cemente se bebiese; vuesa merced,
señor Cervantes, ponga tasa al beber,
no olvidándose de comer, que con
esto sanará sin otra medicina alguna.
Eso me han dicho muchos, respondí
yo; pero así puedo dejar de beber á
todo mi beneplácito, como si para
solo eso hubiera nacido: mi vida se
va acabando, y al paso de las efemé-
ridas de mis pulsos, que á mas tar-
dar acabarán su carrera este domin-
go, acabaré yo la de mi vida. En

fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer, picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que se convenia. A Dios, gracias; á Dios,

donaires ; á Dios , regocijados amigos , que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.

TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

LIBRO PRIMERO.

DE LA HISTORIA.

CAPITULO I.

Voces daba el bárbaro Corsicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y lejos se escu-

chaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloelia, (decia el bárbaro) que asi como está, ligadas las manos atrás, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habrá dos dias que te entregamos; y mira bien si entre las mugeres de la pasada presa hay alguna que merezca nuestra compañía y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del aire saludable que nos rodea. Descolgó én esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros cuatro bárbaros tiraron hácia arriba, en la cual cuerda ligado por debajo de los brazos sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer, de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento.

Lo primero que hicieron los bárbaros fue requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traia ligadas las manos; luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna; antes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua dijo: Gracias os hago, ó inmensos y piadosos Cielos, de que me habeis traido á morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran: bien querria yo no morir desesperado, á lo

menos porque soy cristiano; pero mis desdichas son tales que me llaman, y casi fuerzan á desearlo. Ninguna de estas razones fue entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguaje que el suyo; y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo, sin desatarle, entre los cuatro, llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos y atados unos con otros con fuertes bejucos y flexibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de bajel en que pasaban á otra isla que no dos millas ó tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y encaran-

do al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le queria pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asieron de tres palos gruesos cortados á manera de remos, y el uno se puso á ser timonero, y los dos á encaminar la balsa á la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al Cielo, no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo: viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte teniéndole siempre encarada la flecha al pecho; y

así arrojó de sí el arco, y llegándose á él por señas, como mejor pudo le dió á entender que no queria matarle.

En esto estaban cuando los maderos llegaron á la mitad del estrecho que las dos islas formaban, en el cual de improviso se levantó una borrasca que, sin poder remediarlo los inespertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una, que seria de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado tan poco habia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle tuviese compasion de su desventura; y si tuvo, pues las conti-

nuas y furiosas ondas que á cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se le llevaron consigo á su abismo; que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho, salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navío que en aquel reposo del alterado mar como en seguro puerto se reparaba: descubrieron asimismo los del navío los maderos y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua y llegaron á verlo; y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lás-

tima le pasaron á su navío, dando con el nuevo hallazgo admiracion á cuantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido) y de puro molido y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navío, el capitan del cual con ánimo generoso y compasion natural mandó que le socorriesen.

Acudieron luego unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo; el cual poniendo los ojos en el capitan, cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le dijo: Los piadosos Cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho; que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los des-

caecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa de este beneficio, sino es con el agradecimiento; y si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó á levantarse para ir á besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo: viendo lo cual el capitan, mandó que le llevasen debajo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir. Hízose lo que el capitan mandó, obedeció callando el mozo, y en el capitan creció la admiracion de nuevo viéndolo levantar en pie con la gallarda

disposicion que tenia ; y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber de él lo mas presto que pudiese quien era , como se llamaba , y de que causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto : pero escediendo su cortesía á su deseo , quiso que primero se acudiese á su debilidad , que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II.

Reposando dejaron los ministros de la nave al mancebo, y en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congojosos suspiros y unas angustiadas lamentaciones que á sus oidos llegaron, á su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamiento que junto al suyo estaba; y poniéndose con grande atencion á escucharlas,

oyó que decian: ¡En triste y menguado
signo mis padres me engendraron, y en
no benigna estrella mi madre me arrojó
á la luz del mundo, y bien digo arro
jó, porque nacimiento como el mio
antes se puede decir arrojar que nacer!
Libre pensé yo que gozara de la luz del
sol en esta vida; pero engañóme mi pen
samiento, pues me veo á pique de ser
vendida por esclava: desventura á quien
ninguna puede compararse. O tú, quien
quiera que seas, dijo á esta sazon el man
cebo, si es, como decirse suele, que las
desgracias y trabajos cuando se comu
nican suelen aliviarse, llégate aquí, y
por entre los espacios descubiertos de es
tas tablas cuéntame los tuyos, que si en
mí no hallares alivio, hallarás quien de
ellos se compadezca. Escucha pues, le
respondió, que en las mas breves razo
nes te contaré las sinrazones que la for
tuna me ha hecho; pero querria saber

primero á quien las cuento. ¿Díme si eres por ventura un mancebo que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla donde habemos dado fondo reparándonos de la borrasca que se ha levantado? El mismo soy, respondió el mancebo. ¿Pues quien eres? preguntó la persona que hablaba. Dijératelo si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te diré mis males.

El capitan, y señor de este navío se llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y estraños acontecimientos una principal doncella á quien yo tuve por señora, á mi parecer de tanta hermosura

que entre las que hoy viven en el mundo y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevar la ventaja. Su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linaje de reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del Rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser reina merecian; pero ella se defendia, diciendo no ser posible romper un voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solici-

tasen promesas ó la amenazasen muertes: pero no por esto ha dejado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mugeres; hasta que sucedió que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazándose, no como esclava sino como reina, llegaron unos bajeles de corsarios y la robaron, y llevaron no se sabe adonde. El príncipe Arnaldo, imaginando que estos corsarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, los cuales corsarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas, robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por grangería á vender á esta ínsula donde dicen que estámos, la cual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadi-

dos ó ya del demonio ó ya de un antiguo hechicero á quien ellos tienen por sapientísimo varon, que de entre ellos ha de salir un Rey, que conquiste y gane gran parte del mundo: este rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta órden: que sacrificasen todos los hombres que á su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo de cada uno de por sí, hiciesen polvos y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la ínsula, con espresa órden que el que los pasase sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabian mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen ó comprar ó robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos.

Estas doncellas compradas ó robadas son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser bárbaros: y las que compran, son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas de estas islas abundan: y á esta causa, llevados de este interés y ganancia, muchos se han hecho corsarios y mercaderes. Arnaldo pues, que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podria ser que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la cual no puede vivir, ha ordenado para certificarse de esta duda, de venderme á mí á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos sirva de espía de saber lo que desea; y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala y concluir su venta: mira pues, si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir á vivir entre bárbaros, que

de mi hermosura no me puedo prometer venir á ser reina, especialmente si la corta suerte hubiese traido á esta tierra á mi señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oido, y de estos temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un nudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó si por ventura tenia algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñase á Arnaldo y no admitiese tan gran dádiva como la de un reino; porque á él le parecia que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la religion. Respondióle que aunque ella imaginaba que el tiempo habia podido dar á

Auristela ocasion de querer bien á un tal Periandro, que la habia sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oido nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al Cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella á aquel Periandro que decia: díjole que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido despues que Periandro por un estraño acontecimiento la habia dejado.

En esto estaban cuando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias habia contado, la cual oyéndose llamar dijo: Sin duda alguna el mar está manso y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega; á Dios te queda, quien quiera que seas, y los Cie-

los te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad é impertinente profecía, que tambien estos insolentes moradores de esta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: trajéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traido de lienzo. Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistieron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas, ó las amadriades de los montes. En tanto que esto se hacia con admiracion del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponia para

saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que habia tenido con Taurisa, y de lo que Arnaldo le contaba, tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podria suceder si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar, pero tengo voluntad que me mueve á servirte, que la vida que me has dado con el recibimiento y mercedes que me has hecho me obligan á emplearla en tu servicio. Mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido: y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las cuales por ser tantas no conceden ahora lugar para contártelas. Esa Auristela que buscas es una hermana mia que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos ha un año que nos perdímos:

por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo mas que puedo encarecer; y así, como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo otros muchos medios que en la imaginacion fabrico: este, que aunque venga á ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder vea si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltará modo ó dará señales si está ó no Auristela con las demas que para el efecto que se sabe, los bárbaros guardan y con tanta solicitud compran. Así es la verdad, dijo

Arnaldo, y he cogido antes á Taurisa que á otra de cuatro que van en el navío para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo eso está muy bien pensado, dijó Periandro; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Cuadráronle á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra; y de muchos y ricos vestidos de que venia proveido por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al

parecer la mas gallarda y hermosa muger que hasta entonces los ojos humanos habian visto; pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navío quedaron admirados, Taurisa atónita, el Príncipe confuso, el cual á no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varon le traspasara el alma con la dura lanza de los zelos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante, quiero decir, que los zelos rompen toda seguridad y recato, aunque de él se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamórfosis de Periandro, se hicieron un poco á la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela no consintió en que preguntase primero á Periandro quien eran él y su hermana, y por que trances habian venido al miserable

en que le habia hallado, que todo esto segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que de él hacia; pero como es propia condicion de los amantes, ocupar los pensamientos, antes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues cuando no le estuvo bien el saberlo. Alongados pues un tanto de la isla como se ha dicho, adornaron la nave con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire, y ellos besando las aguas, hermosísima vista hacian: el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimías y de otros instrumentos tan bélicos como alegres, suspendian los ánimos; y los bárbaros, que de no muy lejos lo miraban, quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera armados de arcos y saetas de la grandeza que

otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave á la isla cuando disparando toda la artillería, que traia mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra): y lo que en esta les sucedió, se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPITULO III.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber primero qué fuese lo que en él venia; y en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienzos y los campearon por el aire, tiraron infinitas flechas al viento, y con increible ligereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la mar baja, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras;

pero los bárbaros hasta cantidad de veinte se entraron á pie por la mojada arena, y llegaron á él casi á tocarse con las manos. Traian sobre los hombros á una muger bárbara, pero de mucha hermosura, la cual antes que otro alguno hablase, dijo en lengua polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro Príncipe, ó por mejor decir, nuestro Gobernador, que le digais quien sois, á qué venís, y qué es lo que buscais: si por ventura traeis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al Cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir á otra parte á buscarlo. Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle ¿si era bárbara de nacion, ó si acaso era de las compradas en aquella isla? A lo que le respondió: Respóndeme tú á

lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo cual Arnaldo, respondió : Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos; y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella (y señaló á Periandro), la cual por ser una de las mas hermosas, ó por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos á vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien podeis esperar de esta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los bárbaros,

preguntaron á la bárbara les dijese lo que decia : dijolo ella ; y al momento se partieron cuatro de ellos, y fueron (á lo que pareció) á dar aviso á su Gobernador : en este espacio que volvian, preguntó Arnaldo á la bárbara si tenian algunas mugeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiese igualar á la que ellos traian para vender : No, dijo la bárbara ; porque aunque hay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas para ser reina de estos bárbaros, que seria la mayor desventura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido a la tierra, y con ellos otros muchos y su Príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traia. Habíase echado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periando, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aque-

llos bárbaros, que con grandísima atencion le estaban mirando. Habló el Gobernador con la bárbara, de que resultó que ella dijo á Arnaldo que su Príncipe decia que mandase alzar el velo á su doncella: hízose así; levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al Cielo, mostró dolerse de su ventura, estendió los rayos de sus dos soles á una y otra parte, que encontrándose con los del bárbaro Capitan, dieron con él en tierra: á lo menos así lo dió á entender el hincarse de rodillas, como se hincó, adorando á su modo en la hermosa imágen que pensaba ser muger; y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros á la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro, y con luenguas sartas de finísimas perlas,

que sin cuenta y á monton confuso se las entregaron á Arnaldo: el cual luego tomando de la mano á Periandro, le entregó al bárbaro, y dijo á la intérprete dijese á su dueño que dentro de pocos dias volveria á venderle otra doncella, sino tan hermosa, á lo menos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro á todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lágrimas, que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por el habian pasado; hizo señal Arnaldo á la nave que disparase la artilleria, y el bárbaro á los suyos que tocasen sus instrumentos: y en un instante atronó el cielo la artillería, y la música de los bárbaros llenó los aires de confusos y diferentes sones. Con este aplauso, llevado en hombros de los bárbaros, puso los pies en tierra Periandro: llegó á su nave

Arnaldo y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla sino lo que bastase para no ser de ella descubierto, y volver á ella á vender (si fuese necesario) á Taurisa; que con la seña que Periandro le hiciese, se sabria el si ó el no del hallazgo de Auristela; y en caso que no estuviese en la isla, no faltaria traza para libertar á Periandro, aunque fuese moviendo guerra á los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos.



CAPITULO IV.

Entre los que vinieron á concertar la compra de la doncella, vino con el Capitan un bárbaro llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda la ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser mu-

ger, como todos lo creyeron, hizo designio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar á que las leyes del vaticinio se probasen ó cumpliesen.

Así como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros á porfía le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegría le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleitoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, cuales domésticos, cuales selváticos. La bárbara que habia servido de intérprete de la compra y venta no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguaje que él no entendia le consolaba: ordenó luego el Gobernador que pasasen á la ínsula de la prision, y trajesen de ella algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza; fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por

el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales, para que de manteles sirviesen, sobre las cuales arrojaron y tendieron sin concierto ni policia alguna diversos géneros de frutas secas; y sentándose él y algunos de los principales bárbaros que allí estaban, comenzó á comer, y á convidar por señas á Periandro que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser muger: rogóle el Gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes dando un gran suspiro, volvió las espaldas, y se salió de la tienda. En esto llegó un bárbaro que dijo al Capitan que al tiempo que habian llegado él y otros cuatro para pasar á la prision, llegó á la marina una balsa, la cual traia un varon y á la muger guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin á la comida, y le-

vantándose el Capitan con todos los que allí estaban, acudió á ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fue muy contento. Cuando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado á quien su corta suerte habia puesto en el mismo estremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, á causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dejaba verse de nadie; pero no dejó de conocer á la muger que decian ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma y le alboroto los sentidos; porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela. Quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria ó no en ello: y asi reprimiendo su deseo

como sus labios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento.

El Gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar felice compañía á Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba: asieron al momento del mancebo muchos bárbaros; sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atrás las manos, el cual sin hablar palabra, como un manso cordero, esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo cual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó á decir: Mira, ó gran Gobernador, lo que haces, porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar ni servir en cosa alguna á tu intencion, porque es la mas hermosa

muger que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa á la providencia de los Cielos que te la pueden guardar y conservar para que felizmente la goces. A estas razones los crueles bárbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el Capitan desatarle y dar libertad á las manos y luz á los ojos, y mirándole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de muger que hubiese visto, y juzgó aunque bárbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualársele. ¿Que lengua podrá decir, ó que pluma escribir lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela la condenada y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon y con pasos torcidos y flojos fue

á abrazarse con Auristela, á quien dijo, teniéndola estrechamente entre sus brazos: ¡O querida mitad de mi alma, ó firme columna de mis esperanzas, ó prenda que no sé si diga por mi bien, ó por mi mal, hallada, aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí á tu hermano Periandro; y esta razon dijo con voz tan baja, que de nadie pudo ser oida, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia que en esta isla no hay muerte para las mugeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores; confia en los Cielos que pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aqui adelante. ¡Ay, hermano! respondió Auristela (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada) ¡ay hermano! replicó otra vez; y como

creo que este en que nos hallamos, ha de ser el último trance que de nuestras desventuras puede temerse: Suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar y en semejante trage.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel que pensó ser su conocido, pariente ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese á romper por todo inconveniente; y así lleg ndose á los dos, asió de la una mano á Auristela, y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio, en alta voz dijo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero; y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, cuando el bárbaro Gobernador.

indignado é impaciente sobre manera, puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí cuanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oido, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos á cuantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido como certero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento: porque un hijo de Corsicurbo, el bárbaro que se ahogó en el pasaje de Periandro, pareciéndole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al Capitan, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agu-

do que si de acero forjado fuera: cerró el Capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos; puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes, estaban juntos la antigua Cloelia, la don-

cella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados, y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad de esta furia, llevados en vuelo algunos bárbaros de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva que estaba allí cerca, como á hacienda del gobernador: comenzaron á arder los árboles, y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados; llegábase la noche, que aunque fuera clara se escureciera, cuanto mas siendo oscura y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle sí en los de los miserables apiñados; que no sabian qué hacerse, adonde irse, ó como

valerse : y en esta sazon tan confusa no se olvidó el Cielo de socorrerles por tan estraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, oscura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que de él fue bien entendida, le dijo : Sígueme, hermosa doncella, y dí que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo si los Cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen ; y así pisando muertos y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba : llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento que el paso les aligerase : los muchos

años de Cloelia y los pocos de Auristela no permitian que al paso de su guia tendiesen el suyo. Viendo lo cual el bárbaro robusto y de fuerzas, asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete, menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia: de esta manera cayendo y levantando, como decir se suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella, hácia la banda del Norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salia: pocos pasos anduvieron por ella torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salieron á su parecer á un campo raso, pues les pareció que podian libremente enderezarse, que así se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo

ellos por la oscuridad de la noche y porque las luces de los encendidos montes que entonces con mas rigor ardian, allí llegar no podian. Bendito sea Dios, dijo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traido á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron que hácia ellos venia corriendo una gran luz, bien así como cometa, ó por mejor decir, exhalacion que por el aire camina: esperáranla con temor, si el bárbaro no dijera: Este es mi padre que viene á recibirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente, sabia hablar la lengua castellana, le dijo: El Cielo te pague, ó ángel humano, ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traia uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad

de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fue á su hijo á quien preguntó en castellano que qué le habia sucedido que con tal compañía volvia. Padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar; la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza ó medio abrasados; estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del Cielo las he hurtado á las llamas y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor, como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huéspedes. Guió el padre, siguiéronle, todos animóse Cloelia, pues caminó á pie; no quiso dejar Periandro la hermosa carga que

llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, cuando llegaron á una altísima peña al pie de la cual descubrieron un auchísimo espacio ó cueva á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas: salieron con teas encendidas en las manos dos mugeres vestidas al trage bárbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta, esta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dijo: ¡Ay! padre y hermano mio; y la otra no dijo mas, sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intérprete estaba admirada de oir hablar en aquella parte, y á mugeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba; y cuando les iba á preguntar qué misterio tenia saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre á su espo-

sa y á su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron arrimando á las paredes las teas; en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva que mas adentro se hacia pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio, que comenzaba á fatigarles.

CAPITULO V.

De la cuenta que dió de sí el bárbaro español á sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fue la cena, pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa: renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las vajillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata ni de pisa; las manos de la bárbara y bárbaro pequeños fueron los platos, y unas cortezas de árboles un poco mas agradables que de corcho fueron los vasos. Quedóse Candia lejos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño

que de otra cualquiera conversacion por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, haciéndole de pieles así colchones como frazadas; volvió á sentarse con los demas, á quien el español dijo en lengua castellana de esta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiera primero señores mios, algo de vuestra hacienda y sucesos antes que os dijera los mios, quiero por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran despues que los mios hubiéredes oido.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España en una de las mejores provincias de ella; echáronme al mundo padres medianamente nobles, criáronme como ricos, llegué á las puertas de la gramática que son aquellas por donde se entra á las demas ciencias; inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas; no tuve amistad en

mis verdes años, ni con Céres, ni con Baco; y así en mí siempre estuvo Vénus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dejé mi patria y fuíme á la guerra, que entonces la Majestad del césar Cárlos V hacia en Alemania contra algunos potentados de ella; fueme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Cristiano; volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres que aun vivian, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mi sosiego, volviendo la rueda que dicen que tiene, me derribó de su cumbre, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por ins-

trumento para hacerlo á un caballero hijo segundo de un titulado que junto á mi lugar el de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda ó corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí con ademan arrogante y risueño, me dijo: Bravo estais, señor Antonio; mucho le ha aprovechado la plática de Flándes y de Italia, porque en verdad que está bizarro, y sepa el buen Antonio que yo le quiero mucho. Yo le respondí (porque yo soy aquel Antonio): Beso á vuesa señoria la manos mil veces por la merced que me hace; en fin vuesa señoría hace como quien es en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flándes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre:

ansi que por esto ni merezco ser alabado ni vituperado; y con todo, bueno ó malo que yo sea, soy muy servidor de vuesa señoría, á quien suplico me honre como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oir el caballero: Mirad, amigo Antonio, como hablais, que al señor don fulano nō le llamamos acá señoría. A lo que respondió el caballero antes que yo respondiese: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoría. Bien sé, dije yo, los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza; y el llamar á vuesa señoría, señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría, á modo de España; y yo, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de

cualquier señoría; y quien otra cosa dijere (y esto echando mano á mi espada) está muy lejos de ser bien criado; y diciendo y habiendo, le dí dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera, que no supo lo que le habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes; pusieron mano contra mí; retiréme á casa de mis padres; contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome á que me pusiese en co-

bro, porque me habia grangeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hícelo ansí, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al Emperador: allí me avisaron que mi enemigo me buscaba con otros muchos, para matarme, del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon que lo temiese; volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo; ví á mis padres de noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa y me embarqué en una nave que estaba con las velas en alto para partirse á Inglaterra, en la cual iban algunos caballeros ingleses, que habian venido llevados de su curiosidad á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo menos las mejores ciudades de ella, se volvian á su patria.

Sucedió, pues, que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, á quien fue forzoso darle un bofeton: llamó este golpe la cólera de los demas marineros y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos que les vinieron á las manos; retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros sosegaron la turba, pero fue con condicion que me arrojasen á la mar ó que me diesen el esquife ó barquilla de la nave, en que me volviese á España ó adonde el Cielo me llevase. Hízose así; diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca, y alguna cantidad de bizcocho; agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en

la barca con solos dos remos, alargóse la nave, vino la noche oscura, halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas ni contra el viento: alcé los ojos al Cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude, miré al norte, por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el paraje en que estaba. Seis dias y seis noches anduve de esta manera, confiando mas en la benignidad de los Cielos, que en la fuerza de mis brazos, los cuales ya cansados y sin vigor alguno del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca para servirme de ellos cuando el mar lo consintiese ó las fuerzas me ayudasen. Tendime de largo á largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazon no

quedó santo en el Cielo á quien no llamase en mi ayuda; y en mitad de este aprieto, y en medio de esta necesidad (cosa dura de creer), me sobrevino un sueño tan pesado, que borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza); pero allá en el sueño me representaba la imaginacion mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos y despedazaban fieras, de modo que dormido y despierto era una muerte dilatada mi vida.

De este no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la lleno de agua: reconocí el peligro, volví como mejor pude al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon, ví que el mar se en-

soberbecia azotado y herido de un viento ábrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío; vi que era simpleza oponer mi débil barca á su furia, y con mis flacas y desmayadas fuerzas á su rigor: y así torné á recoger los remos, y á dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian: finalmente no sé á cabo de cuantos dias y noches, que anduve vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine á hallar junto á una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian; lleguéme al abrigo de una peña que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor

de los animales que habia visto; comí del bizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada: llegó la noche, menos oscura que habia sido la pasada; pareció que el mar se sosegaba, y prometia mas quietud el venidero dia; miré al Cielo; ví las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el aire.

Estando en esto me pareció por entre la dudosa luz de la noche que la peña que me servia de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina habia visto, y que uno de ellos, (como es la verdad) me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte á lo largo y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dice, sino da gracias al Cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras.

Si quedé espantado ó no, á vuestra consideracion lo dejo; pero no fue bastante la turbacion mia, para dejar de poner en obra el consejo que se me habia dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos, y salí al mar descubierto; mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuantos fueron los dias que anduve por aquellos mares, tragando no una sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al través con ella, en la misma parte y lugar á donde está la boca de la cueva por donde aquí entrastes. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro. pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo cual me arrojé de ella, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese; y aun-

que con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte, y quedarme en tierra, que como se dilate la vida no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro español, que este título le daba su traje, cuando en la estancia mas adentro, donde habian dejado á Cloelia, se oyeron tiernos gemidos y sollozos. Acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demas á ver qué seria; y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles, tenia los ojos clavados en el Cielo y casi quebrados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas, le dijo: ¿Qué es esto, ama mia? como, y es posible que me quereis dejar en esta soledad, y á tiempo que mas he menester valerme de vuestros consejos? Volvió en sí algun tan-

to Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dijo: Ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en le sosiego que merece; pero sino lo permite el Cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezo mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que cuando la buena suerte quisiere (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aun fueren vivos ó alguno de mis parientes, les digas como yo muero cristiana en la fe de Jesucristo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia católica romana: y no te digo mas porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo: hiciéronse fuentes los de Periandro, y rios los de todos los circuns-

tantes. Acudió Periandro á socorrer á Auristela, la cual vuelta en sí acrecentó las lágrimas, y comenzó suspiros nuevos, y dijo razones que movieran á lástima á las piedras : ordenóse que otro dia la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demas se fueron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPITULO VI.

Donde el Bárbaro Español prosigue su historia.

Tardó aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer, mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedia que los rayos del sol por aquella parte no pasasen á la tierra: mandó el bárbaro español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solia, y se informase de lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que

Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el cual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que bojaba poco mas de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien ásperos, comestibles á lo menos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salian las tenian en perpetua verdura, todo lo cual le admiraba y suspendia, y llegó en esto el bárbaro español, y dijo: Venid, señores, y darémos sepultura á la difunta, y fin á mi comenzada historia. Hiciéronlo así, y enterraron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima,

para señal de que aquel cuerpo habia sido cristiano. El español respondió que él traeria una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura : diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvia, se volvieron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido, por defenderse del frio que con rigor amenazaba; y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma :

Cuando me dejó la barca en que venia en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dije que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla : entré aquí dentro, ví este sitio, y parecióme que la naturaleza le habia hecho y formado para ser tea-

tro donde se representase la tragedia de mis desgracias; admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada: finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví á la entrada que aquí me habia conducido, por ver si oia voz humana, ó descubria quien me dijese en que parte estaba; y la buena suerte y los piadosos Cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando: pasmóse viéndome, pegáronsele los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco; y cogiéndola entre mis brazos, sin decirla palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cue-

va adelante, y la traje á este mismo lugar donde agora estámos: púsela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reia y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia me rogaba que comiese. Yo lo hice ansí, porque lo habia bien menester; ella me asió por la mano, y me llevó á aquel arroyo que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del Cielo, que bár-

bara de la tierra : volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras que ella entendia, le supliqué como si ella no las entendiera, que volviese á verme : con esto la abracé de nuevo, y ella simple y piadosa me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volveria á verme. Hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres : dí gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio ; pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á recelar que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla ; pero sacóme de este temor el verla volver algo entrado el dia, bella como el sol, mansa como una

cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo que casi toda estaba abrasada, y todos ó los mas de los bárbaros muertos, unos á hierro y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado al mar por huir en el agua el fuego de la tierra: que bien podian salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia; y que cada uno pensase que remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita, que por allí cerca habia otras islas de gente menos bárbara habitadas, que quizá mudando de lugar mudarian de ventura. Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me

falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dijo la bárbara grande, en referirlos tan por estenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déjame á mí que cuente lo que queda, á lo menos hasta este punto en que estámos. Soy contento, respondió el español, porque me le dará muy grande el ver como las relatas.

Es pues el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mi y de mi esposo naciesen esta muchacha y este niño: llamo esposo á este señor, por que antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos: hame enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella así mismo me enseñó la ley católica cristiana; dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho

que en su tierra se acostumbran; declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazon, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu santo, no son tres Dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero: finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu santo, y gobernada por el sumo pontífice, vicario y visorey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de san Pedro, su primer pastor despues de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre vírgen María reina de los Cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, re

licario del Hijo, y amor del Espíritu santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy católica cristiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los Cielos) me la ha vuelto discreta y cristiana; entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y de este entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traje alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia que ha de ser tan dichoso que nos saque de esta prision y nos lleve á donde con libertad y certeza y sin escrúpulo seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro en aquella cruz que allí veis. Esto que

he dicho, me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio, que así se llamaba el español bárbaro, el cual dijo: Dices verdad, Ricla mia, que este era el propio nombre de la bárbara; con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre é hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dijo á esta sazon no ser bien estarse allí ociosos sin dar traza y órden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla que á mas andar ardia, sobrepujase las altas sierras, ó traidas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dijo Ricla, que aguardemos dos dias, porque de una isla que está tan cer-

ca de esta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, de ella vienen á esta sus moradores á vender y á trocar lo que tienen con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche ó que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados: pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó va-

rones para la vana supersticion que habréis oido decir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra ; por donde vengo á entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro : ¿No ha usado el señor Antonio de este remedio en tantos años como ha que está aquí encerrado? No, respondió Ricla, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar escusa que dar para la compra. Así es, dijo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el Cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta á ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necesario matalotaje, di-

ciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolucion, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes, de quien la cólera, sinrazon y enojo suelen ser inventores; vieron asimismo que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiéndose á sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habian pasado á la isla que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran á la isla á ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester, porque vieron venir una balsa y en ella hasta veinte personas, cuyo trage dió á entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besaron la tierra, y casi dieron muestras de ado-

rar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenian que temer á los bárbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue posible; algunos contaron sus miserias, y otros las dejaron en silencio por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dijo que el bárbaro que los habia libertado (en lengua italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa que allá quedaba á tenerles compañía y á dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla habia dado noticia; hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas; no quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse; hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas cuanto. Fue Ricla á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron, en la una todos los bastimentos que pudieron recoger con cuatro personas de las recien libres, y en

la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre, y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Ricla y de Antonio. Quiso Auristela ir á despedirse de los huesos de su querida Cloelia; acompañáronla todos; lloró sobre la sepultura, y entre lágrimas de tristeza y entre muestras de alegría volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincádose de rodillas y suplicado al Cielo con tierna y devota oracion les diese feliz viaje y los enseñase el camino que tomarian. Sirvió la barca de Periandro de capitana, á quien siguieron los demas; y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo que á grandes voces en lengua toscana dijo: Si por ventura sois Cristianos los que vais en esas barcas, recoged á este que lo es, y por el verda-

dero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dijo : Este bárbaro , señores , es el que nos sacó de la mazmorra ; si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su plática á los de la barca primera) , bien será que le pagueis el bien que nos hizo , con el que le haceis recogiéndole en nuestra compañía. Oyendo lo cual Periandro , le mandó llegase su barca á tierra , y le recogiese en la que llevaba los bastimentos : hecho esto , alzaron las voces con alegres acentos , y tomando los remos en las manos , dieron alegre principio á su viaje.



CAPITULO VII.

CUATRO millas poco mas ó menos habrian navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave que con todas las velas tendidas y viento en popa parecia que venia á embestirles. Periandro dijo, habiéndola visto: Sin duda este navío debe ser el de Arnaldo que vuelve á saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le habia

pasado, y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido: no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía el temor de que podia ser descubierto el parentesco la fatigaba; y mas que ¿quien le quitaria á Periandro no estar zeloso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure al enamorado pecho cuando por su desventura entran en él zelosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento que volvió en un instante el soplo que daba de lleno y en popa á las velas en contrario, de modo, que á vista suya y en un momento breve dejó la nave derribar las

velas de alto á bajo, y en otro instante casi invisible las izaron y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándole de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demas que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viaje pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fue posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaban cerca, distando de allí mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto oscuro; picaba el viento largo y en popa, que fue mucho olivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media

noche seria, segun el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron á ella; y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las vararon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pero no hallaron ninguno: ordenó Periandro que todas las mugeres se entrasen en la barca capitana, y apiñándose en ella, con la compañía y estrecheza templasen el frio; hízose asi, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el dia para descubrir en que parte estaban, porque no pudieron saber por entonces si era ó no despoblada la isla; y como es cosa natural que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía

pudo cerrar los ojos , lo cual visto por el bárbaro Antonio , dijo al bárbaro italiano , que para entretener el tiempo y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche , fuese servido de entretenerles contándoles los sucesos de su vida , porque no podian dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal trage y en tal lugar le habian puesto. Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro italiano , aunque temo que por ser mis desgracias tantas , tan nuevas y tan estraordinarias , no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dijo Periandro : En las que á nosotros nos han sucedido , nos hemos ensayado y dispuesto á creer cuantas nos contaren , puesto que tengan mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro , al borde de esta barca donde están estas señoras : quizá alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida ; y quizá alguna , des-

terrando el sueño, se mostrará compasiva, que es alivio al que cuenta sus desventuras ver ú oir que hay quien se duele de ellas. A lo menos por mí, respondió Ricla de dentro de la barca y á pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas; casi lo mismo dijo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oido estuvieron escuchando lo que el que parecia bárbaro decia, el cual comenzó su historia de esta manera.



CAPITULO VIII.

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

Mi nombre es Rutilio ; mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia ; mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso si yo quisiera. Habia en Sena un caballero rico á quien el Cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la cual trató de casar su padre con un caballero florentin ; y por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar ; que la gentileza, gallardía y disposicion del cuerpo en los bailes honestos mas que en

otros pasos se señalan; y á las damas principales les está muy bien saberlos para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo, pero movíla los del alma; pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia, y la suerte, que de corriente larga traia encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre, y la llevase á Roma; pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia, que fue decir que yo llevaba á mi esposa, y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto que obligó al juez, movió y convenció á sentenciarme á muerte.

Apartáronme en la prision con los ya condenados á ella por otros delitos no tan honrados como el mio, Visitóme en el calabozo una muger, que decian estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman *hechiceras*, que la alcaidesa de la cárcel habia hecho soltar de las prisiones, y llevádola á su aposento, á título de que con yerbas y palabras habia de curar una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento que aunque sea bueno, siendo largo lo parezca, viéndome yo atado y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin órden ni esperanza de remedio, dí el sí á lo que la hechicera me pidió, de ser su marido si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta plática, ella romperia las ca-

denas y los cepos, y á pesar de otro cualquiera impedimento me pondria en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela, no por hechicera, sino por ángel que enviaba el Cielo para mi remedio; esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mí, y me dijo que asiese de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciéndome la siguiese: turbéme algun tanto, pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados. En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guiadora un manto, y mandóme que pusiese los pies en él: me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones: luego ví mala señal, luego conocí que

queria llevarme por los aires; y aunque, como cristiano bien enseñado, tenia por burla todas estas hechicerías (como es razon que se tengan), todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo, y en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas ni menos murmurando unas razones que yo no pude entender; y el manto comenzó á levantarse en el aire, y yo comencé á temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo santo la letanía á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentir mis rogativas, y volvióme á mandar que lás dejase. ¡Desdichado de mi! dije, ¿que bien puedo esperar si se me niega el pedirle á Dios de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerré los ojos, y dejéme llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechiceras; y al parecer cuatro horas ó poco mas habia volado,

cuando me hallé al crepúsculo del dia en una tierra no conocida.

Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dijo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte; y diciendo esto comenzó á abrazarme no muy honestamente; apartéla de mí con los brazos, y como mejor pude, divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho ánimo al través; pero como suele acontecer que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchillo que acaso en el seno traia, y con furia y rabia se le hinqué por el pecho á la que pensé ser loba, la cual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre á la desventurada encantadora.

Considerad, señores, cual quedaria yo en tierra no conocida, y sin persona que me guiase. Estuve esperando el dia muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubria señal de que el sol viniese; apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí; volvia muy á menudo los ojos al Cielo; contemplaba el movimiento de las estrellas, y parecíame, segun el curso que habian hecho, que ya habia de ser de dia. Estando en esta confusion, oí que venia hablando por junto de donde estaba alguna gente, y así fue verdad, y saliéndoles al encuentro les pregunté en mi lengua toscana que me dijesen que tierra era aquella, y uno de ellos asimismo en italiano me respondió: Esta tierra es Noruega; pero ¿quien eres tú que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo

soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte he venido á caer en sus manos; y en breves razones le di cuenta de mi viaje, y aun de la muerte de la hechicera; mostró condolerse el que me hablaba, y díjome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al Cielo por haberte librado del poder de estas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas septentrionales partes. Cuéntase de ellas que se convierten en lobos así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Como esto pueda ser yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico no lo creo; pero la esperiencia me muestra lo contrario: lo que puedo alcanzar es que todas estas trasformaciones son ilusiones del demonio, y permision de Dios y castigo de los abominables pecados de este maldito género de gente. Preguntéle que hora

podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba y el dia nunca venia. Respondióme que en aquellas partes remotas se repartia el año en cuatro tiempos: tres meses habia de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna; y tres meses habia de crepúsculo del dia, sin que bien fuese noche ni bien fuese dia; otros tres meses habia de dia claro continuado, sin que el sol se escondiese; y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazon en que estaban era la del crepúsculo del dia: así que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana, y que tambien lo seria esperar yo volver á mi tierra tan presto, si no fuese cuando llegase la sazon del dia grande, en la cual parten navíos de estas partes á Inglaterra, Francia y España con algunas mercancías. Preguntóme si tenia algun oficio en que ganar de comer, mientras

llegaba tiempo de volverme á mi tierra. Díjele que era bailarin, y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre, y me dijo que aquellos ejercicios ú oficios (ó como llamarlos quisiese) no corrian en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabria oficio de orífice. Díjele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñase. Pues veníos, hermano, conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura á esta miserable. Hicímoslo así, y llevóme á una ciudad donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino que como ó cuando habia venido á aquella tierra, y que si era verdaderamente italiano. Respondió que uno de sus pasados abuelos se habia casado en ella, viniendo de Italia á negocios que

le importaban, y á los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se estendió por todo su linaje hasta llegar á él, que era uno de sus cuartos nietos; y así, como vecino y morador tan antiguo, llevado de la aficion de mis hijos y muger, me he quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia ni de los parientes que allá dijeron mis padres que tenian. Contar yo ahora la casa donde entré, la muger é hijos que hallé, y criados (que tenia muchos), el gran caudal, el recibimiento y agasajo que me hicieron, seria proceder en infinito: basta decir en suma que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo.

En este tiempo se llegó el de llegar el dia grande, y mi amo y maestro (que así le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía á otras islas por allı cercanas y á otras bien

apartadas; fuíme con él, así por curiosidad, como por vender algo que ya tenia de caudal. en el cual viaje ví cosas dignas de admiracion y espanto, y otras de risa y contento; noté costumbres: advertí en ceremonias no vistas y de ninguna otra gente usadas; en fin, al cabo de dos meses corrímos una borrasca que nos duró cerca de cuarenta dias, al cabo de los cuales dímos en esta isla de donde hoy salímos, entre unas peñas, donde nuestro bajel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venian quedó vivo sino yo.

CAPITULO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

Lo primero que se me ofreció á la vista antes que viese otra cosa alguna, fue un bárbaro pendiente y ahorcado de un árbol; por donde conocí que estaba en tierra de bárbaros salvajes, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y no sabiendo qué hacerme, alguna ó todas juntas las temia y las esperaba: en fin, como la necesidad, segun se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, dí en un pensamiento harto estraordinario, y fue que descolgué al bárbaro del árbol, y habiéndome desnuda-

do de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos ni cortados á medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habeis visto: para disimular la lengua y que por ella no fuese conocido por estranjero, me fingí mudo y sordo; y con esta industria me entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire.

A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon, y en su lengua unos y otros con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) quien era, como me llamaba, de donde venia, y adonde iba. Respondíles con callar y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude; y luego reiteraba los saltos, y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos; siguiéronme los muchachos

que no me dejaban adonde quiera que iba : con esta industria paso por bárbaro y por mudo , y los muchachos por verme saltar y hacer gestos , me daban de comer de lo que tenian. De esta manera he pasado tres años entre ellos , y aun pasara todos los de mi vida sin ser conocido. Con la atencion y curiosidad noté su lengua , y aprendí mucha parte de ella ; supe la profecía que de la duracion de su reino tenia profetizada un antiguo y sabio bárbaro , á quien ellos daban gran crédito ; he visto sacrificar algunos varones para hacer la esperiencia de su cumplimiento , y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto , hasta que sucedió el incendio de la isla , que vosotros , señores , habeis visto : guardéme de las llamas ; fuí á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra , donde vosotros sin duda habréis estado ; ví estas barcas ; acudí á la marina ; hallaron en vues-

tros generosos pechos lugar mis ruegos; recogisteisme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias; y agora espero en la del Cielo, pues que nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en este que pretendemos felicísimo viaje.

Aquí dió fin Rutilio á su plática, con que dejó admirados y contentos á los oyentes: llegóse el dia áspero, turbio, y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro lo que Cloelia le habia dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera que la una, como se vió, cubria una cruz de diamantes tan rica que no acertaron á estimarla por no agraviar su valor, y la otra dos perlas redondas asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion y agradable trato. El bárbaro

Antonio, viniendo el dia, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve; y volviendo á las barcas dijo que la isla era despoblada, y que convenia partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua; embarcáronse todos, y pusieron las proas en otra isla que no lejos de allí se descubria. En esto, yendo navegando con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos á escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa que él sabia muy bien. Calló la voz, y de allí á poco vol-

vió á cantar en castellano, y no á otro tono de instrumentos que al de remos que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notó que lo que cantaron fue esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara;
Camino, aunque no usado, alegre y cierto,
Al hermoso, al seguro, al capaz puerto
Llevan la nave vuestra única y rara.
En Scilas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro que el mar tenga encubierto;
Siguiendo su derrota al descubierto,
Que limpia honestidad su curso para.
Con todo, si os faltare la esperanza
Del llegar á este puerto, no por eso
Gireis las velas, que será simpleza;
Que es enemigo amor de la mudanza,
Y nunca tuvo próspero suceso
El que no se quilata en la firmeza.

La bárbara Ricla dijo, en callando la voz: Despacio debe de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz á los vientos; pero no lo juzgaron

así Periandro y Auristela, porque le tuvieron per mas enamorado que ocioso al que cantado habia; que los enamorados fácilmente reconcilian los ánimos, y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad: y así, con licencia de los demas que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentia mucho, ó no tenia sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico á la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida; en entrando el músico, en medio portugués y en medio castellano dijo: Al Cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navío, aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de

mi cuerpo; porque las penas que siento en el alma, me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el Cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No seria esperanza aquella, dijo á esta sazon Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios; pues así como la luz resplandece mas en las tinieblas, así la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea) á la desesperacion. El alma ha de estar, dijo Periandro, el un pie en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad; y no ha de dejar de esperar su remedio, porque seria agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo

tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es así, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las esperiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que antes de anochecer con dos horas llegaron á una isla tambien despoblada, aunque no de árboles, porque tenia muchos y llenos de fruto que aunque pasado de sazon y seco, se dejaba comer: saltaron todos en tierra, en la cual bararon las barcas, y con gran priesa se dieron á desgajar árboles y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frio: hicieron asimismo fuego ludiendo dos secos palos el uno con el otro, artificio tan sabido como usado; y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina donde se recogieron todos supliendo con mucho fuego la incomo-

didad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar. Satisfacieron la hambre, y acomodáranse á dormir luego si el deseo que Periandro tenia de saber el suceso del músico no lo estorbara, porque le rogó, si era posible, les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le habian traido. Era cortés el cantor, y así sin hacerse de rogar dijo:

CAPITULO X.

De lo que conto el anamorado portugues.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi cuento. con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy portugués de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa, y mi ejercicio el de soldado: junto á las casas de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linage de

los Pereiras, el cual tenia sola una hija, única heredera de sus bienes que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres; la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que como mas vecino de su casa, tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí, y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser viniese á ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo, y por entender que con ella habian de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mia; pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada. La respuesta que trajo fue que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse; que dejase pasar dos años, que le daba la palabra

de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabedor de ello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia, y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitia mis servicios, y daba á entender que si no los agradecia con otros, por lo menos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi Rey me envió por Capitan general á una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza: llegóse el dia de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate ni dolor que consuma; hablé á su padre, hícele que me volviese á dar la

palabra de la espera de los dos años; túvome lástima porque era discreto, y consintió que me despidiese de su muger y de su hija Leonora, la cual en compañía de su madre salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Pasméme cuando vi tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar, y añudóseme la voz á la garganta, y pegóseme al paladar la lengua, y ni supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbacion: la cual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo y dijo: Nunca, señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia á la lengua que se desmande; y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica: vuesa merced vaya á ejercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que to-

care á servirle. Leonora mi hija es obediente, y mi muger desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho; que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas, de tal manera que no se me han olvidado ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare. Ni la hermosa Leonora, ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partíme á Berbería, ejercité mi cargo con satisfaccion de mi Rey dos años: volví á Lisboa; hallé que la fama y hermosura de Leonora habia salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y estendídose por Castilla y otras partes, de las cuales venian embajadas de príncipes y señores que la pretendian por esposa; pero como ella tenia

la voluntad, tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa. ¡Ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras; que si así fuese no las tendria yo por tales. Finalmente, un dia me avisaron que para un domingo venidero me entregarian á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento: convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que habia de ser mi esposa.

Llegóse este dia, y yo fui acompa-

ñado de todo lo mejor de la ciudad á un monasterio de monjas, que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dijeron; que mi esposa desde el dia de antes me esperaba; que habia sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio con licencia del Arzobispo de la ciudad. Detúvose algun tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo. Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado; salieron á recibirme casi toda la gente principal del Reino, que allí aguardándome estaba, con infinitas señoras de la ciudad, de las mas principales; hundíase el templo de música, así de voces, como de instrumentos: y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la Priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acu-

chillado con saya entera á lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas; venia aforrada la saya en tela de oro verde; traia los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios que deslumbraban los del sol, y tan luengos que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traia, opiniones hubo que valian un reino; torno á decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente compuesta y adornada, que causó envidia en las mugeres, y admiracion en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba; aunque yo fuera el emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachase se habia de celebrar nues-

tro desposorio : subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardía y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia, ó lo que dicen las antiguas fábulas, que parecia la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos, que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro, pensando que subia á mi Cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi dí demostracion de adorarla. Alzóse una voz en el templo procedida de otras muchas que decia: Vivid felices y luengos años en el mundo, ó dichosos y bellísimos amantes; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos zelos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la

envidia á vuestros pies, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con que gusto general llevaba el pueblo mi ventura. En esto la hermosa Leonora me tomó por la mano, y así en pie como estábamos, alzando un poco la voz me dijo: Bien sabeis, señor Manuel de Sosa, como mi padre os dió palabra que no dispondria de mi persona en dos años, que se habian de contar desde el dia que me pedistes fuese yo vuestra esposa; y tambien, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino á vos: esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto; y yo

os quiero cumplir la mia, como veréis: y así porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traicion cuando se dilatan y entretienen, quiero del que os parecerá que os he hecho sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada; y en ninguna manera, siendo mi esposo vivo puedo casarme con otro: yo no os dejo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del Cielo, que es Jesu-cristo, dios y hombre verdadero; él es mi esposo: á él le dí la palabra primero que á vos; á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulacion y sin firmeza alguna: yo confieso que para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar; pero habiéndole de escoger en el Cielo, ¿quien como Dios? Si esto os parece traicion ó descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os an-

tojare, que no habrá muerte, prome-sa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio. Calló, y al mismo punto la Priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortarla la preciosa madeja de sus cabellos: yo enmudecí, y por no dar muestra de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venian á los ojos; y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella cristianamente compasiva me echó los brazos al cuello; alcéme en pie, y alzando la voz de modo que todos me oyesen dije: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto me bajé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginacion en este estraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida: y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPITULO XI.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que habia espirado de todo punto, dejando á todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dijo á esta sazon Auristela, se ha escusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino á tan desastrado término y á la prision de los bárbaros, que sin duda debian de ser casos tan de-

sesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio : Por maravilla hay desdichado solo que lo sea en sus desventuras : compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí siempre son grandes, y entonces lo dejan de ser cuando acaban con la vida del que las padece. Dieron luego órden de enterralle como mejor pudieron; sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve, y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Chistus por ser caballero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habian dado bien claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasion hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes : amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba

sosegado y blando; y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza, siguieron su camino sin llevar parte cierta adonde encaminalle.

Estan todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas ó las mas despobladas; y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad, y de corazones duros é insolentes: y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores, que no lo fuesen mas las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atrás dejaban. Diez dias mas navegaron sin tomar puerto, playa ó abrigo alguno, dejando á entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña que á la vista se les ofrecia, y pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudie-

sen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando: en fin, mas con la ayuda del Cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron á la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila ¿que tierra era aquella, quien la gobernaba, y si era de cristianos católicos? Respondiéronle en lengua que ella entendió, que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de católicos, puesto que estaba despoblada por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson á la gente que llegaba á un puerto que estaba detras de un peñon que señaló con la mano; y si vosotros, quien quiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondrémos en el puerto.

Dieron gracias á Dios los de las barcas.

y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra; y al volver del peñon que les habian señalado vieron un abrigo que podia llamarse puerto, y en él hasta diez ó doce bajeles, de ellos chicos, de ellos medianos, y de ellos grandes; y fue grande la alegría que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos, y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra; salieron así gente de los navíos, como del meson á recibirles; saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros padre é hijo la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fue Periandro vendido á los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza, con Ricla su madre, y todos los demas de las barcas acompañaron este escuadron gallardo. De tal manera causó admiracion, espanto y asombro la bellísima escuadra

en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela: mirábanla callando, y con tanto respeto, que no acertaban á mover las lenguas, por no ocuparse en otra cosa que en mirar. La hermosa Transila, como ya habia hecho experiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompió el silencio, diciéndoles: A vuestro hospedaje nos ha traido la nuestra hasta hoy contraria fortuna: en nuestro trage y en nuestra mansedumbre echaréis de ver que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batalla las mugeres ni los varones afligidos: acogednos, señores, en vuestro hospedaje y en vuestros navíos, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez á entregarse á la instabilidad del mar: si aquí se cambia por oro ó por plata lo necesario que se busca, con facilidad y

abundancia seréis recompensados de lo que nos diéredes, que por subidos precios que lo vendais, lo recibirémos como si fuese dado.

Uno (¡milagro estraño!) que parecia ser de la gente de los navíos, en lengua española respondió: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad que dices; que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron de este hospedaje es cortesísimo, y todos los de estas naves ni mas ni menos: mirad si os da mas gusto volveros á ellas, ó entrar en el hospedaje, que en ellas y en él seréis recibidos y tratados como vuestra presencia merece. Entonces viendo el bárbaro Antonio, ó oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dijo: Pues el Cielo nos

ha traido á parte que suene en mis oidos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias; vamos, señores, al hospedaje, y en reposando algun tanto, darémos órden en volver á nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aquí hemos traido. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gavia dijo á voces en lengua inglesa: Un navío se descubre, que con tendidas velas, y mar y viento en popa viene la vuelta de este abrigo. Alborotáronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron á esperar el bajel que tan cerca se descubria; y cuando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban mas cruces rojas, y conocieron que en una bandera que traia en el peñolo de la mayor gavia, venian pintadas las armas de Inglaterra: disparó en llegando dos piezas de gruesa artillería, y luego

hasta obra de veinte arcabuces; de la tierra les fue hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenian artillería con que responderle.

———•ooo•———



CAPITULO XII.

Donde se cuenta de que parte, y quien eran los que venian en el navío.

Hecha como se ha dicho la salva de entrambas partes, así del navío como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó, despues de cuatro marineros que le adornaron con tapetes y asieron de los remos, fue un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba á los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias

de seda; en la cabeza traia un sombrero alto y puntiagudo, asi mismo al parecer de felpa. Tras él bajó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y cuatro años, vestido á lo marinero de terciopelo negro, una espada dorada en las manos, y una daga en la cinta; luego, como si los arrojaran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una muger con él enredada y presa con las cadenas mismas, él de hasta cuarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta, él brioso y despechado, y ella melancólica y triste: impelieron el esquife los marineros; en un instante llegaron á tierra, adonde en sus hombros y en los de otros soldados arcabuceros que en el barco venian, sacaron á tierra al viejo y al mozo y á los dos prisioneros. Transila, que como los demas habia estado atentísima mirando los que en el esquife

venian, volviéndose á Auristela le dijo: Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen: hízolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos. Fuese derecho el anciano de la felpa á Transila, diciendo: Si mi ciencia no me engaña: y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mia con este hallazgo; y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso porque no diese en tierra.

Sin duda se puede creer que este caso de tanta novedad y tan no esperado puso en admiracion á los circunstantes, y mas cuando le oyeron decir á Transi-

la: ¡O padre de mi alma! ¿que venida es esta? ¿quien trae á vuestras venerables canas y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quien le ha de traer, dijo á esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? El y yo, dulcísima señora y esposa mia, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas á los Cielos, le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegría reciba yo parte, recibiéndole á él como padre, y á mí como á tu legítimo esposo. Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila; acudió Auristela á su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que á Transila se le debia; pero como

los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos, ó quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson ó hospedaje, dijo: Venid, señores, todos, adonde con mas comodidad y menos frio del que aquí hace, os déis cuenta de vuestros sucesos. Tomaron su consejo, y fuéronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudándoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian: acudieron á sus naves algunos, y con tanta priesa como buena voluntad trajeron de ella los regalos que tenian; hízose lumbre, pusiéronse las mesas, y sin tratar entonces de otra cosa, satisfacieron todos la hambre, mas con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no se sirvió otra

que la de muchos pájaros que se crian en aquellas partes, de tan estraña manera, que por ser rara y peregrina me obliga á que aquí la cuente.

Híncanse unos palos en la orilla del mar y entre los escollos donde las aguas llegan, los cuales palos de allí á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe de cuya corrupcion se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan; y donde hay mas abundancia de ellos, es en las provincias de Ibernia y de Irlanda, el cual pájaro se llama barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucesos de los recien llegados les hacia parecer larga la comida; la cual acabada, el anciano Mauricio dió una gran palma-

da en la mesa, como dando señal de pedir que con atencion le escuchasen: enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oidos, viendo lo cual Mauricio, soltó la voz en tales razones:

En una isla de siete que están circunvecinas á la de Ibernia, nací yo, y tuvo principio mi linaje tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido, le encarezco todo lo que puedo; soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones: mis padres me criaron en los estudios así de las armas, como de las letras (si se puede decir que las armas se estudian); he sido aficionado á la ciencia de la astrología judiciaria, en la cual he alcanzado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal muger de mi ciudad, de

la cual tuve esta hija que está aquí presente; seguí las costumbres de mi patria, á lo menos en cuanto á las qué parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas, que tal vez la disimulacion es provechosa; creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su madre á dos años despues de nacida. y á mí me faltó el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuidado de criar la hija, y por salir de él, que es carga dificil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando á casi edad de darle esposo en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fue este gallardo mancebo que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y aun conveniente que los padres casen á sus hijas con su beneplácito y gusto, pues no les dan compañía por

un dia, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hacer esto así, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucesos.

Es, pues, de saber que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas, y es que concertado el matrimonio y llegado el dia de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad, los unos para testigos, y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar: está la desposada en un rico apartamiento esperando lo que no sé como pueda decirlo sin que la vergüenza no me turbe la lengua. Está esperando, digo, á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus pa-

rientes mas cercanos de uno en uno á coger las flores de su jardin, y á manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido : costumbre bárbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro; porque, ¿que dote puede llevar mas rico una doncella que serlo? ni que limpieza puede ni debe agradar mas al esposo que la que la muger lleva á su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acómpañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad; y si la una ó la otra comienzan á desmoronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio bajo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo dejase esta perniciosa costumbre; pero apenas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo ada-

gio que vulgarmente se dice que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuvo esperando su perdicion; y cuando queria ya entrar un hermano de su esposo á dar principio al torpe trato, veis aquí donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala donde toda la gente estaba á Transila, hermosa como el sol, brava como una leona, y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, cuando revistiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pie con lengua á quien suele turbar la cólera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer menos hermosa si

es que los accidentes tienen fuerza de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia á quien su padre dió principio.

Salí, dijo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colérica voz dije: Haceos adelante, vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas quereis cultivar los agenos campos sin licencia de sus legítimos dueños, Véisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada; venid, venid, que la razon puesta en la

punta de esta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en diciendo esto, salté en mitad de la turba. y rompiendo por ella, salí á la calle acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos que en aquel tiempo hice en uno, me arrojé en un pequeño barco que sin duda me deparó el Cielo, y asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza con intencion de esperarles y no dejar llevarme á su poder sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el Cielo conmovido de mi

desgracia avivó el viento, y llevó el barco sin impelerle los remos el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal que le arrebató como en peso y le llevó mar adentro, quitando la esperanza á los que tras mi venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrarse en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dijo á esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte; sobrevino la noche y perdímoste de vista, y aun perdímos la esperanza de hallerte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento que de la mar soplaba me trajo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores que benignamente me recogieron y albergaron, y

aun me ofrecieron marido si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo; pero la codicia humana, que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí que pues de todos era la presa que en mí tenian, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos corsarios que aquella tarde habian descubierto no lejos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los corsarios; pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara patria; y así al amanecer, habiendo llegado alli los piratas, me vendieron no sé por cuanto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es

que me trataron los corsarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser reina, y aun señora de todo el universo, si ya no mentian ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De como llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de como aprendí su lengua en este tiempo que ha que falté de vuestra presencia; de sus ritos, ceremonias y costumbres; del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo de estos señores con quien vengo; y del incendio de la isla que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez; que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga ¿que ventura le ha traido á dármela tan buena cuando menos la esperaba?

Aquí dió fin Transila á su plática, te-

niendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del estremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entonces dijo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, como en mis estudios y ejercicios entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que cuando aciertan cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo porvenir. Viéndote pues perdida, noté el punto; observé los astros; miré el aspecto de los planetas; señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en cuanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no

influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este; y así el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable y á lo mas esperimentado; y el mejor astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio, porque no solamente se juzga de lo por venir por la ciencia que sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como ha tanto tiempo que tiene esperiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices de esta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento y con poca seguridad: con todo eso, alcancé que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas. y para dar gracias á los Cielos del hallazgo de mi tesoro, ale-

grando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos, que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdiccion y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos á entender que ni el bien es eterno ni el mal durable. Los Cielos serán servidos, dijo á esta sazon Auristela que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo. La muger prisionera, que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie á pesar de sus cadenas, y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venia preso y con voz levantada dijo:

CAPITULO XV.

Donde se declaran quien eran los que tan aherrojados venian.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme á mí por esta vez donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuviéredes de escuchallas. Haste quejado, dijo (volviéndose á Transila), señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí, que no es error, por bueno que sea un caballo, pasearle la carrera primero que se ponga en él su dueño; ni va contra la ho-

nestidad el uso y costumbre si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí, que mejor gobernará el timon de una nave el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto; la esperiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes, y así mejor te fuera entrar esperimentada en la compañía de tu esposo, que rústica é inculta. Apenas oyó esta razon última el hombre que consigo venia atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola: ¡O Rosamunda! ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses mas años que los mismos tiempos; y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato á que están obligadas las honradas doncellas.

Sabed, señores (mirando á todos los

circunstantes prosiguió), que esta muger que aquí veis atada como loca y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuísimas memorias entre todas las gentes del mundo: esta mandó al Rey, y por añadidura á todo el reino; puso leyes; quitó leyes; levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y las redes de bronce con que tenia ligado el corazon del Rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: cuando esta estaba en la cumbre de

su rueda, y tenia asida por la guedeja á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo cuan mal estaban empleados los de mi Rey y señor natural; tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz, y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una perderé yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos; finalmente, á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el Rey que nadie en toda la ciudad ni en todos sus reinos y señoríos le diese ni dado ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas que por aquí hay que fuese despoblada, y aquí nos dejasen. pena que para mí ha sido mas mala que quitarme

la vida, porque la que con ella paso es peor que la muerte,

Mira, Clodio, dijo á esta sazon Rosamunda, cuan mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caido sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion esperimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que una delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil agenas honras; has aniquilado ilustres créditos; has descubierto secretos escondidos y contaminado linajes claros; haste atrevido á tu rey, á tus ciudada-

nos, á tus amigos y á tus mismos parientes; y en son de decir gracias te has desgraciado con todo el mundo: bien quisiera yo que quisiera el Rey que en pena de mis delitos acabara con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los Cielos ni los santos. Con todo eso, dijo Clodio, jamás me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A tener tú conciencia, dijo Rosamunda, de las verdades que has dicho, tenias harto de que acusarte; que no todas las verdades han de salir en público ni á los ojos de todos. Sí, dijo á esta sazon Mauricio, sí, que tiene razon Rosamunda; que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan: sí, que no toca á un hombre

particular reprender á su rey y señor ni sembrar en los oidos de sus vasallos las faltas de su príncipe; porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no lo estimen; y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿porque no ha de gozar de este privilegio el príncipe? porque le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprension pública y mal considerada suele endurecer la condicion del que la recibe, y volverle antes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprendan en público: y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencionados son desterrados y echados de sus casas sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre vellacos, y vellacos sobre agudos: y es como lo que

suele decirse : la traicion contenta, pero el traidor enfada ; y hay mas, que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la cual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio ; pero si quieren que no hable ó escriba, córtenme la lengua y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del rey Midas.

Ahora bien, dijo á esta sazon Ladislao, háganse estas paces ; casemos á Rosamunda con Clodio : quizá con la bendicion del sacramento del Matrimonio y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudarán de vida. Aun bien, dijo Rosamunda, que tengo aquí un cuchillo con que podré hacer una ó dos puertas en mi pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los

dientes en solo haber oido este tan desastrado y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dijo Clodio, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, cuando digo bien, es tal que quiero vivir, porque quiero decir mal: verdad es que pienso guardar la cara á los príncipes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren y á quien quieren, y ya la esperiencia me ha mostrado que no es bien ofender á los poderosos, y la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al Cielo por su vida y por su salud, y por el malo que le mejore y enmiende. Quien todo eso sabe, dijo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre ó quite del todo; la lengua maldiciente es como espada de dos filos que corta hasta los

huesos, ó como rayo del cielo que sin romper la vaina, rompe y desmenuza el acero que cubre: y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavía suelen tener los dejos las mas veces amargos y desabridos: es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y son las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver á la parte donde salieron, hasta que han hecho su efecto; pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho menoscaba la culpa del que las dijo, aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPITULO XV.

En esto estaban, cuando entró un marinero en el hospedaje, diciendo á voces: Un bajel grande viene con las velas tendidas, encaminado á este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé á entender de que parte sea. Apenas dijo esto, cuando llegó á sus oidos el son horrible de muchas piezas de artillería que el bajel disparó al entrar del puerto, todas lim-

pias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra: de la misma manera le respondió el bajel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedaje salieron á la marina: en viendo Periandro el bajel recien llegado, conoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno, antes se le revolvieron las entrañas, y el corazon le comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga esperiencia sabia la voluntad que Arnaldo le tenia y no podia acomodar su corazon á pensar como podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los zelos no los atravesase las almas.

Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave, y ya llegaba á la orilla, cuando se adelantó Periandro á recibille; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera que allí se le hincaran en el suelo y se volvieran en torcidas raices. como se volvieron los de la hija de Peneo cuando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo, que vió á Periandro, le conoció, y sin esperar que los suyos le sacasen en hombros á la tierra, de un salto que dió desde la popa del esquife, se puso en ella y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dijo: Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase á tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los Cielos atentos

á favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado, con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se habia comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba, quien era el príncipe que en la nave venía; y todavía estaba Auristela como estaba sin voz, inmovible, y junto á ella la hermosa Transila y las dos, al parecer, bárbaras Ricla y Constanza. Llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dijo: Seais bien hallada, norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fija que me lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lágrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse si de pesar ó de

alegría podia proceder semejante acontecimiento; mas Periandro, que todo lo notaba, y en cualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciéndole: Señor, el silencio y las lágrimas de mi hermana nacen de admiracion y de gusto: la admiracion. del verte en parte tan no esperada; y las lágrimas del gusto, de haberte visto: ella es agradecida. como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fuéronse con esto al hospedaje, volvieron á colmarse las mesas de manjares, llenáronse de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos, que cuando se trasiegan por la mar de un cabo á otro, se mejoran de manera que no hay néctar que se les iguale. Esta segunda comida se

hizo por respeto del príncipe Arnaldo: contó Periandro al príncipe lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado; con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

CAPITTLO XVI.

En esto el patron del hospedaje dijo: No sé si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni lejos no se descubre celaje alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente, y las aves salen al mar á espaciarse; que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar á que me dejen solo tan honrados hués-

pedes, como la fortuna á mi hospedaje ha traido. Así será, dijo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver á nuestra patria no consiente que mucho tiempo la gocemos: de mí sé decir, que esta noche á la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el de estos señores soldados que en el navío vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la del que se pierde en la navegacion es irremediable: En efecto, entre todos los que en el puerto estaban quedó de acuerdo que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Inglaterra, á quien todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano á Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde á solas y

sin ser oido de nadie, le dijo: No es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad que en dos años que estuvo en poder del Rey mi padre le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamás me salieron palabras á la boca que pudiesen turbar sus castos intentos: nunca quise saber mas de su hacienda, de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como á reina de todo el mundo: porque su honestidad, su gravedad, su discrecion tan en estremo estremada, no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondióme siempre que hasta verse en la ciudad de Roma, á donde iba á cumplir un voto, no podia dis-

poner de su persona; jamás me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso y entendimiento consideres que no es muy baja la ventura que está llamando á las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, á quien desde aquí me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento, cuando ella quisiere y adonde quisiere, aquí debajo de estos pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma: y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirse en los ahincos y deseos que

trae consigo la concupiscencia desenfrenada y la esperanza propincua que suele fatigar mas que la apartada.

Aquí dió fin á su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo á lo que Periandro habia de responderle, que fue: Bien conozco, valeroso príncipe Arnaldo, la obligacion en que yo y mi hermana te estámos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho, y por la que agora de nuevo nos haces: á mí, por ofrecerte por mi hermano, y á ella, por esposo; pero, aunque parezca locura, que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir, no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle: mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la eleccion á la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos sér alguno, ni libertad para usar

de nuestro albedrío; si el Cielo nos llevare á pisar la santísima tierra y adorar sus santas reliquias, quedarémos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entonces será la mia toda empleada en servirte: sé te decir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrísimo linaje nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos á dos hemos recibido, te suplico me hagas á mí una, y es que no me preguntes mas de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mí, respondió Arnaldo, hermano mio, á toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera,

y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche á Inglaterra, que de allí fácilmente pasarémos á Francia y á Roma, en cuyo viaje y del modo que quisiéredes pienso acompañaros, si de ello gustáredes. Aunque le pesó á Periandro de este último ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedaje á dar traza en su partida.

Habia visto Auristela como Arnaldo y Periandro habian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su plática; y puesto que conocia la modestia en el príncipe Arnaldo y la mucha discrecion de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban, pareciéndole que como el amor de Ar-

naldo igualaba á su poder, podia remitir á la fuerza sus ruegos, que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento: pero cuando los vió venir tan sosegados y pacíficos cobró casi los perdidos espíritus. Clodio, el maldiciente, que ya habia sabido quien era Arnaldo, se le echó á los pies, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contó luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda: movido á compasion de ellos, hizo por un capitan que los traia á su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba á su cargo alcanzarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo cual el maldiciente Clodio, dijo: Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habria quien

se ocupase en decir mal de ellos; pero ¿porque ha de esperar el que obra mal que digan bien de él? y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿porque no lo serán las malas? porque ha de esperar el que siembra zizaña y maldad dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, ó Príncipe, y verás como pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales: y mas que la alabanza tanto es buena, cuanto es bueno el que la dice; y tanto es mala, cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza; y si vicioso, vituperio.

CAPITULO XVII.

Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje, y aguardaba comodidad para preguntárselo á Periandro, y para saber de Arnaldo qué se habia hecho su doncella Taurisa; y como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dijo: las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas, entre las cuales querria que hubie-

sen borrado de ella á mí mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado con ella, viviria contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo : el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdesete de mí ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento; que los Cielos, que me han destinado para ser tuyo, no me dejan hacer otra cosa : mi alvedrío lo es para obedecerte; tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robaron de mi reino te han sucedido : unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado; veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas : ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella ; á él dejé yo bueno,

y con deseo de que te buscase y te hallase ; á ella la traje conmigo con intencion de venderla á los bárbaros para que sirviese de espía , y viese si la fortuna te habia llevado á su poder : de como vino al mio tu hermano Periandro , ya él te lo habrá contado , y el concierto que entre los dos hicimos ; y aunque muchas veces he probado volver á la isla bárbara , los vientos contrarios no me han dejado , y ahora volvia con la misma intencion y con el mismo deseo , el cual me ha cumplido el Cielo con bienes de tantas ventajas , como son de tenerte en mi presencia , alivio universal de mis cuidados. Táurisa tu doncella habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos mios, que encontré en medio de ese mar , que en un poderoso navío iban á Irlanda , á causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida ; y como este navío en que yo ando, mas se puede lla-

mar de corsario que de hijo de rey. viendo que en él no habia regalos ni medicinas que piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda, y la entregasen á su Príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dejado apuntado con tu hermano Periandro que nos partamosmañana, ó ya para Inglaterra, ó ya para España ó Francia, que á do quiera que arribemos, tendrémos segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes, y yo en este entretanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento: con todo esto te ruego, señora, y te suplico que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondrémos en ejecucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auriste-

la, sino la de mi hermano Periandro ; ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si así es, replicó Arnaldo, no quiero mandar sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fue lo que pasó á Arnaldo con Auristela, la cual se lo contó todo á Periandro; y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos Capitanes, el del navío inglés, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPITULO XVIII

Donde Mauricio sabe por la astrologia un mal suceso que les avino en el mar.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que trajeron á Rosamunda y á Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla bárbara; y en el navío de Arnaldo se acomodaron Periandro, Auristela, Ricla y Constanza, y los dos Antonios, padre é hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda; Rutilio se acomodó con Arnaldo. Hicieron agua aquella

noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron; y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dijo Mauricio que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propincua, tendria buen suceso su viaje; y que el tal peligro. puesto que era de agua, no habia de suceder si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino á temer si aquella traicion habia de ser fabricada por el Príncipe para alzarse con la hermosa Auristela. pues la habia de llevar en su navío; pero opúsose á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar

acogida alguna las traiciones; pero no por esto dejó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de que parte les podia venir el daño que les amenazaba. Mauricio respondió que no lo sabia; puesto que le tenia por cierto; y aun que templaba su rigor con que ninguno de los que en él se hallasen habia de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habian de ver rompidos la mitad de sus designios y sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periando le replicó que detuviesen algunos dias la partida. quizá con la tardanza del tiempo se mudarian ó se templarian los influjos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio: mejor es arrojarnos en las manos de este peligro, pues no llega á quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve á perderla. Ea pues, dijo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el Cielo lo que ordenado tiene, pues nues-

tra diligencia no lo puede escusar. Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente con muchos dones el buen hospedaje, y unos en unos navíos y otros en otros, cada cual segun y como vió que mas le convenia, dejó el puerto desembarazado y se hizo á la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes: al zarpar los hierros y tirar las áncoras disparó así la gruesa como la menuda artillería; rompieron los aires los sones de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegres; oyéronse las voces de los que decian reiterándolo á menudo: « Buen viaje, buen viaje. »

A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presaga del mal que le habia de venir iba pensativa: mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de

sus pensamientos y principio de sus alegrias; acabóse el dia, entróse la noche clara, serena, despejando un aire blando los celajes que parece que se iban á juntar si los dejaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que habia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de que parte les vendria. Con esta confusion y sobresalto quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: traicion, traicion, traicion; despierta príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo que no dormia, puesto que estaba echado junto á Periandro en la misma cubierta, y dijo: ¿Qué has, amigo Mauricio? quien nos ofende ó quien nos mata? todos los que en este navío vamos no somos amigos? no son todos los

mas vasallos y criados mios? ¿el cielo no está claro y sereno? el mar tranquilo y blando, y el bajel sin tocar en escollo ni en bajío no navega? hay alguna rémora que nos detenga? Pues si no hay nada de esto ¿de qué temes, que ansi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor, que bajen los buzanos á la sentina, que sino es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, cuando cuatro ó seis marineros se dejaron calar al fondo del navío, y le requirieron todo porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navío: y vueltos á la cubierta dijeron que el navío iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Así debe de ser, dijo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de

ordinario, hasta los sueños me espantan y plega á Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dijo: Sesegaos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan á estas señoras. Yo lo haré así si puedo, respondió Mauricio; y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio, en el cual Rutilio, que iba sentado al pie del árbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ó de la voz, que la tenia estremada, al son del viento que dulcemente hería en las velas, en su propia lengua toscana comenzó á cantar esto, que vuelto en lengua española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano
Advertido, y enciérrase en el arca
De todo el mundo el general Monarca
Con las reliquias del linaje humano.

El dilatado asilo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entonces fiera y licenciosa abarca
Cuanto alienta y respira el aire vano.
Vense en la escelsa máquina encerrarse
El leon y el cordero, y en segura
Paz la paloma al fiero alcon unida.
Sin ser milagro lo discorde amarse,
Que en el comun peligro y desventura
La natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio, fue el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poeta, aunque ¿ como lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien: que yo me acuerdo haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios. Esto dijo en voz que la oyó Mauricio, el Príncipe y Periandro que no dormian, y Mauricio dijo: Posible cosa es que un oficial sea poeta, porque la poesía no está en las manos.

sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de un maese de campo, porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y segun la caja y temperamento del cuerpo donde las encierra, así parecen ellas mas ó menos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan; pero mas principalmente y propia se dice que el poeta *nascitur*. Así que, no hay que admirar de que Rutilio sea poeta, aunque haya sido maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el aire mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo, cuando me trajo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana mi patria hasta Noruega donde la maté,

que se habia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes de estas septentrionales es un error grandísimo, dijo Mauricio, aunque admitido de muchos. ¿Pues como es esto, dijo Arnaldo, que comunmente se dice y se tiene por cierto que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no se crian lobos, pero ningun otro animal nocivo, como si dijésemos, serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones; antes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras partes á Inglaterra, en llegando á ella muere; y si de la tierra de esta isla llevan á otra parte alguna tierra y cercan con ella á alguna víbora, no osa ni puede

salir del cerco que la aprisiona y rodea hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos es que hay una enfermedad á quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y aulla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando ya como perros, o ya aullando como lobos; despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos. y hoy dia sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes de este género, á quien los Sicilianos llaman lobos menar, los cuales antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten y dicen á los que están junto á ellos que se aparten y huyan de ellos, ó que los aten ó encierren. porque si no se guardan

los hacen pedazos á bocados, y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos; y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad; y si despues andando el tiempo la esperiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el lib. 8, cap. 22, que entre los Arcades hay un género de gente, la cual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra á dentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dijo Rutilio: lo que sé es que maté

la loba, y hallé muerta á mis pies la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio, porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dijo Arnaldo, el saber esta verdad; porque tambien yo era uno de los crédulos de este error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del rey Artus de Inglaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de donde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia dijo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: Yo soy un hombre á quien

no se le da por averiguar estas cosas un dinero ; ¿qué se me da á mí que haya lobos hombres ó no, ó que los reyes anden en figuras de cuervos ó de águilas? aunque si se hubiesen de convertir en aves, antes querria que fuesen en palomas que en milanos. Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me perece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva ; y así antes pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando : los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran á otros entristecen ; contra el callar no hay castigo ni respuesta ; vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tan generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos

ímpetus maliciosos, que me hacen bailar la lengua en la boca, y malográrseme entre los dientes mas de cuatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo: sírvase Dios con todo. A lo que dijo Auristela: De estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al Cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas á la conversacion, volviéndose á Auristela, dijo: El dia que Clodio fuere callado seré yo buena, porque en mí la torpeza y en él la murmuracion son naturales; puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdiccion el tiempo; y así los ancianos murmuradores hablan mas cuanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la

lengua. Todo es malo, dijo Transila, cada cual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dijo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche, dijo la bárbara Constanza; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alborotó tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico: «No seais agoreros ni deis crédito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos», que me atreviera á juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, segun á mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que cuando no son revelaciones divinas ó ilu-

siones del demonio, proceden ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó cae debajo de la observacion de la astrología, porque sin guardar puntos, ni observar astros, señalar rumbos, ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente, que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del Cielo que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar sino mil mares de agua, de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces, y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega; y aun no estoy tan libre de este temor que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta astrología que la pru-

dencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿que mucho que yendo navegando en un navío de madera tema rayos del Cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que mas me confunde y suspende es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dijo á esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando, puedan entremeterse las blanduras de Vénus, ni los apetitos de su torpe hijo; al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo por dar á entender á Auristela y á Periandro y á todos aquellos que sus deseos conocian, cuan ajustados iban sus movimientos con los de

la razon, y prosiguió diciendo: El príncipe, justa razon es, que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del Príncipe. Así es, respondió Mauricio, y aun es bien que así sea: pero dejemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré, y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazon á ponerse en los brazos de Tétis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplaba favorable el viento: por parte ninguna se descubrian celajes que turbasen los marineros, el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí prometian felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta: Sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda,

CAPITULO XIX.

Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la division de Periandro y Auristela.

A cuyas voces respondió Arnaldo; ¿Como es esto, ó gran Mauricio? que aguas nos sorben, ó que mares nos tragan que olas nos embisten? La respuesta que le dieron á Arnaldo, fue ver salir debajo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: Todo este navío se ha abierto por muchas partes; el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda á su salud, y á la

conservacion de la vida. Acógete, ó príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera posesion de ellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover por el peso de las aguas, de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fueron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las cuales viendo que no se acordaban de ella se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrase Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca que al costado del navío venia asida, y el uno de ellos viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la

cinta, se le envainó en el pecho, diciendo á voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo y á mí de escarmiento, á lo menos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar diciendo á voces, y con mal articuladas palabras: Oye, ó Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga; yo y aquel á quien me viste pasar el pecho por muchas partes, abrímos y taladramos este navío, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiéndolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida, y á mí me doy la muerte; y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respi-

racion del aire, y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andaban confusos y ocupados buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dejó de oir las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo, antes que entrasen en ella, ordenado que entrasen en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento. El, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio se entraron en la barca, y fueron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecia de él sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el cual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su, para él,

dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los aires las voces de dulcísimo esposo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus desinios, y se deshacian sus esperanzas con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de oscuridad, y los vientos comenzaron á soplar de partes diferentes; en resolucion, la barca se apartó del esquife, y como mas ligera y menos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla; el esquife, mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si á posta quisieran que no navegara; pero cuando la noche cerró con mas oscuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida; viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del Cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tier-

ra ; el esquife sin remos y sin bastimentos , y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio que habia quedado por patron y por marinero del esquife ; ni tenia con qué ni sabia como guialle , antes , segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban , podia temer que ellos mismos le anegarian : miraba las estrellas, y aunque no parecian de todo en todo algunas que por entre la oscuridad se mostraban , le daban indicio de venidera serenidad ; pero no le mostraban en que parte se hallaba. No consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia , porque se les pasó la noche velando , y se vino el dia , no á mas andar , como dicen , sino para mas pensar , porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos , por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro bajel que les prometiese

ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegría de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos, por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomidades casi mortales. Finalmente, el favor de los Cielos se mezcló con los vientos que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tier-

ra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron; el mozo Antonio fue el atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes como mejor pudieron varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio, considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella, ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con ligero paso por la isla, pisando no tierra, sino nieve tan dura

por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle sin que él lo echase de ver la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dejallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo, y en lugar á donde nadie les podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda le dijo: La cosa de que menos necesidad tengo en esta que agora padecemos es la de tu compañía: ¿qué quieres, Rosamunda? Vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡O inesperto mozo, respondió la muger torpe! y cuan lejos estás de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes! Y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: Ves aqui, ó nuevo cazador mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue; no mires que

ya á mi belleza le marchita el rigor de edad, ligera siempre, sino considera en mí á la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los mas exentos hombres; yo te adoro, generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon; gocémonos y tenme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para ti sin duda alguna de mí recogidos y guardados si llegamos á Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te lleveré adonde te entregues en mas oro que tuvo Mídas, y en mas riquezas que acumuló Craso.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos que arremetieron á detener las de Antonio que de sí las apartaba; y entre esta tan honesta como torpe contienda decia Antonio: De-

lente, ó arpía, no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo; no fuerces, ó bárbara egipcia, ni incites la castidad y limpieza de este que no es tu esclavo; tarázate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida de este lugar, que puesto que fuera cierta con otra intencion la acompañara que con la que me has descubierto; desviate de mí, y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura: si te vuelves mudaré de propósito, y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida: oyendo lo cual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas; dejóla Antonio sa-

gaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos ásperos y la gente ninguna; y advirtiendo que si adelante pasaba, podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañía: alzaron todos las manos al Cielo, y pusieron los ojos en la tierra como admirados de su desventura; á Mauricio dijeron que volverian al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó del dia desde lejos vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio : amainó las velas , y pareció que se dejaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife à la mar , y se vinieron á la playa , donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que seria bien que aguardasen los que venian por saber quien eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve , y saltaron en ella dos al parecer gallardos y fuertes mancebos de estremada disposicion y brio . los cuales

sacaron encima de sus hombros á una hermosísima doncella tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demas. Los caballeros dijeron: Esperad,

señores, y estad atentos á lo que queremos deciros; este caballero y yo, dijo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion de esa enferma doncella que ahi veis; la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger cual de nosotros dos ha ser su esposo, con que hará envainar nuestras espadas y sosegar nuestros espíritus; lo que pedimos es, no estorbeis en manera alguna nuestra porfia, la cual llevarémos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorbará, si no os hubiéramos menester, para que mirárades si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella que es tan poderosa para acabar las nuestras; la priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio, no nos da

lugar para preguntaros por agora quien sois, ni como estais en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió, que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á las espadas, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia á las armas que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compáses, á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio: á este le concedió el Cielo tanto espacio de vida que le tuvo de llegar á la doncella, y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: Vencí, señora, mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en

pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma que envuelta en estos últimos alientos te envio, dales lugar en tu pecho sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido que no respondió palabra; los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y fueron con presteza á requerir así al muerto de la estocada, como al herido, en la cabeza el cual, puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los aires, y dejó caer el cuerpo en la tierra. Auristela, que todas estas acciones habia estado mirando, antes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y

ra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron; el mozo Antonio fue el atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes como mejor pudieron varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio, considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella, ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con ligero paso por la isla, pisando no tierra, sino nieve tan dura

por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle sin que él lo echase de ver la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dejallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo, y en lugar á donde nadie les podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda le dijo: La cosa de que menos necesidad tengo en esta que agora padecemos es la de tu compañía: ¿qué quieres, Rosamunda? Vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡O inesperto mozo, respondió la muger torpe! y cuan lejos estás de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes! Y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: Ves aquí, ó nuevo cazador mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue; no mires que

ya á mi belleza le marchita el rigor de edad, ligera siempre, sino considera en mí á la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los mas exentos hombres; yo te adoro, generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon; gocémonos, y tenme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para ti sin duda alguna de mí recogidos y guardados si llegamos á Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te lleveré adonde te entregues en mas oro que tuvo Mídas, y en mas riquezas que acumuló Craso.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos que arremetieron á detener las de Antonio que de sí las apartaba; y entre esta tan honesta como torpe contienda decia Antonio: De-

lente, ó arpía, no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo; no fuerces, ó bárbara egipcia, ni incites la castidad y impieza de este que no es tu esclavo; tarázate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida de este lugar, que puesto que fuera cierta con otra intencion la acompañara que con la que me has descubierto; desviate de mí, y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura: si te vuelves mudaré de propósito, y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida: oyendo lo cual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas: dejóla Antonio sa-

gaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos ásperos y la gente ninguna; y advirtiendo que si adelante pasaba, podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañía: alzaron todos las manos al Cielo, y pusieron los ojos en la tierra como admirados de su desventura; á Mauricio dijeron que volverian al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó del dia desde lejos vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio : amainó las velas , y pareció que se dejaba detener de las áncoras , y con diligencia presta arrojaron el esquife a la mar , y se vinieron á la playa , donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que seria bien que aguardasen los que venian por saber quien eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve , y saltaron en ella dos al parecer gallardos y fuertes mancebos de estremada disposicion y brio . los cuales

sacaron encima de sus hombros á una hermosísima doncella tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demas. Los caballeros dijeron: Esperad,

señores, y estad atentos á lo que queremos deciros; este caballero y yo, dijo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion de esa enferma doncella que ahi veis; la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger cual de nosotros dos ha ser su esposo, con que hará envainar nuestras espadas y sosegar nuestros espíritus; lo que pedimos es, no estorbeis en manera alguna nuestra porfia, la cual llevarémos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorbará, si no os hubiéramos menester, para que miárades si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella que es tan poderosa para acabar las nuestras; la priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio, no nos da

lugar para preguntaros por agora quien sois, ni como estais en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió, que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á las espadas, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia á las armas que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compáses, á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio: á este le concedió el Cielo tanto espacio de vida que le tuvo de llegar á la doncella, y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: Vencí, señora, mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en

pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma que envuelta en estos últimos alientos te envio, dales lugar en tu pecho sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido que no respondió palabra; los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y fueron con presteza á requerir así al muerto de la estocada, como al herido, en la cabeza el cual, puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los aires, y dejó caer el cuerpo en la tierra. Auristela, que todas estas acciones habia estado mirando, antes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y

limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dejaba en poder de dos caballeros que la llevasen á Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la tristeza misma, y mucho mas cuando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida. ¡ Ay, dijo á esta sazon ! con que prodigiosas señales me va mostrando el Cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa, que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida. ¿ Que red barredera es esta con que cogen los Cielos todos los caminos de mi descanso ? que imposibles son estos que descubro á cada paso de mi remedio ? Mas pues

aqui son escusados los llantos, y son de ningun provecho los gemidos, démos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora á la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos: y luego pidió à Mauricio pidiese á los marineros del esquife volviesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hízolo así Mauricio, y fue á la nave con intencion de concertarse con el piloto ó capitan que hubiese para que los sacase de aquella isla, y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entretanto tuvieron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen.

Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso: hízose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como católicos, que se hiciese ninguna á los

muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro dijo: Si os preciais, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad de estas dos virtudes conmigo: yo desde el punto que tuve uso de razon no la tuve, porque siempre fui mala con los años verdes y con la hermosura mucha; con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los reyes, y he traido á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo,

salteador y robador de la humana belleza de las mugeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada; mas como los vicios tienen asiento en el alma que no envejece no quieren dejarme: y como yo no les hago resistencia, sino que me dejo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me da el ver siquiera á este bárbaro muchacho, el cual, aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia que es de fuego, con la suya que es de la helada nieve, véome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida, golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y estiende la mano para alcanzarme de la vida; por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fue-

go con hielo, y me enterreis en esa sepultura, que puesto que mezcleis mis lascivos huesos con los de esa casta doncella no los contaminarán, que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que estén; y volviéndose al mozo Antonio prosiguió: Y tú, arrogante mozo, que agora tocas, ó estás para tocar las márgenes y rayas del deleite, pide al Cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga ni marchita belleza, y si yo he ofendido tus recientes oidos, que así los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdóname, que los que piden perdon en este trance, por cortesía siquiera merecen ser si no perdonados, á lo menos escuchados: esto diciendo, dió un suspiro envuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XIX.

Yo no sé, dijo Mauricio á esta sazon, que quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dejándose allá los Pafos, Gnidos, las Cipres, los Eliseos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada, que no en las lágrimas ni en los

sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron; y finalmente, con no pocas lágrimas enterraron á Taurisa, y despues de haber vuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba, solo Rosamunda que estaba tal que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos, y siguieron su viaje sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de corsarios y no Irlandeses, como á Arnaldo le habia dicho, sino de una isla rebelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algun revés de su

acelerada costumbre y mal modo de vivir: y como viejo y esperimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo traje de Constanza, no despertasen en aquellos corsarios algun mal pensamiento. Servíales de argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso: eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus cuartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas, que debajo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer, de manera, que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio; harto habian llorado, mas no dejaron de sentir su muerte compasiva y cristianamente; sirvióle el ancho mar de sepultura,

donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el cual y todos rogaron muchas veces á los corsarios que los llevasen de una vez á Irlanda ó á Ibernia, si ya no quisiesen á Inglaterra ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa, no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios. La bárbara Ricla bien comprara á pedazos de oro que los llevaran á Inglaterra; pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen antes que se los pidiesen. Dióles el Capitan estancia á parte, y acomodóles de manera, que les aseguró de la insolencia que podian temer de los soldados.

De esta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras; ya tocaban en una isla, ya en otra; y ya se salian al mar descubierto, propia cos-

tumbre de corsarios que buscan su ganancia; las veces que habia calma y el mar sosegado no les dejaba navegar. El nuevo Capitan del navío se iba á entretener á la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma que en escuchar al Capitan ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un dia atentas á la historia que en este siguiente capítulo se cuenta que el Capitan les dijo.

CAPITULO XXII.

Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba hacer en su reino el rey Policarpo.

Una de las islas que están junto á la de Ibernia me dió el Cielo por patria; es tan grande, que toma el nombre de reino, el cual no se hereda ni viene por sucesion de padre á hijo; sus moradores le eligen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en él se hallare; sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el rey, y toma el cetro absoluto del mando, el cual le dura mien-

tras le dura la vida, ó mientras no se empeora en ella; y con esto los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo; y los que lo son pugnan serlo mas para no dejar de ser reyes: con esto se cortan las alas á la ambicion, se aterra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio; con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia; despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres; y los que dan los ricos, no por serlo son mejor despachados; no agobian la vara de la justicia las dádivas ni la carne y sangre de los parentescos; todas las negociaciones guardan sus puntos, y andan en sus quicios: finalmente, reino es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, á mi pare-

cer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo. varon insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el cual tenia cuando vino á ser rey dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa: no tenian madre, que no les hizo falta cuando murió sino en la compañía, que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo á todo el reino: con estas buenas partes, así ellas como el padre se hacian amables, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo, y entretenido con fiestas públicas y á veces con ordinarias comedias: principalmente solemnizaban el dia que fueron asumptos al reino, con hacer que se renovasen los juegos que los gentiles llamaban olímpicos en el mejor

modo que podian; señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra.

Haciase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban á la sombra; ponian en la mitad un suntuoso teatro, en el cual sentado el Rey y la real familia miraban los apacibles juegos; llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza, en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habian hecho; y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenian los

pies izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera; digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados, el ser recien despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nervudos brazos; venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon que venia de encarnado, como marinero. Llegó con furia el barco á la orilla; y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venian en tierra, fue una misma cosa: mandó Policarpo que no saliesen á la carrera hasta saber que gente era aquella y á lo que ve-

nia, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey fue el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de cuantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dijo al Rey: Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia de estos juegos, venimos á servirte y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta que no está lejos de aquí; y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprove-

chamos de esta barca y de los remos y de la fuerza de nuestros brazos: todos somos nobles y deseosos de ganar honra; y por la que debes hacer, como rey que eres, á los estranjeros que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido jóven, que vos pedís lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que seria cosa injusta el negároslo: honrad mis fiestas en lo que quisiéredes, dejadme á mí el cargo de premiároslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, é inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenia á los cuatro ligeros corredores: sus do-

ce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera; sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo todos cinco; pero aun no habrian dado veinte pasos, cuando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y á los treinta ya los llevaba de ventaja mas de quince: finalmente, se los dejó á poco mas de la mitad del camino como si fueran estátuas inmóviles, con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa que le seguia con la vista, así corriendo como estando quedo; porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades. no solo los ojos de cuantos le miraban. Noté yo esto, porque tenia los mios atentos á mirar á Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa.

Comenzó luego la envidia á apoderarse de los pechos de los que se habian de

probar en los juegos, viendo con cuanta facilidad se habia llevado el estranjero el precio de la carrera. Fue el segundo certámen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual á seis que le salieron, cada uno de por sí les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero: luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo; descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos, y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales y con destreza y maña increible hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra: asió luego de una pesada barra que estaba hin-

cada en el suelo, porque le dijeron que era el tirarla el cuarto certámen; sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atrás, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina fue menester que el mar se los diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad notada de sus contrarios, les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda: pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la cual habian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certámen quisiesen probarse; uno que presumia de certero se adelantó y tomó la mano, creo yo,

pensando derribar la paloma antes que otro; tiró y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe azorada la paloma se levantó en el aire; y luego otro no menos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo que la detenia, entregó su libertad al viento y batió las alas con priesa: pero él, ya acostumbrado á ganar los primeros premios, disparó su flecha, y como si mandara lo que habia de hacer y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo, llegó á la paloma y le pasó el corazon de parte á parte, quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del estranjero, el cual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra y en el tirar de la ballesta y

en otras muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Cuando se acabaron los juegos seria el crepúsculo de la noche, y cuando el rey Policarpo queria levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él, le dijo: Nuestra nave quedó sola y desamparada; la noche cierra algo oscuro; los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero, ó gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, dijo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del ga-

llardo mancebo, y con honesta gracia le dijo al ponérsela: Cuando mi padre sea tan venturoso de que volvais á verle, veréis como no vendréis á servirle sino á ser servido.

CAPITULO XXIII.

De lo que sucedió á la celosa Auristela quando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certámen.

¡Oh poderosa fuerza de los zelos! ¡Oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! ¡Oh hermosísima Auristela! detente, no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia. Pero ¿quien podrá tener á raya los pensamientos; que suelen ser tan ligeros y sutiles, que como no tienen cuerpo pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas es-

condido de las almas? Esto se ha dicho porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano, y habiendo oido antes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le habia hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dijo: Querida amiga mia, ruega al Cielo qué sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro. ¿No le ves en la boca de este valeroso Capitan honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas á los favores de una doncella que á los cuidados que le debian dar los destierros y pasos de esta su hermana? Andase buscando palmas y trofeos por las tierras agenas, y déjase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, á esta su

hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle.

Estas razones escuchaba atentísimamente el Capitan del navío, y no sabia que conclusion sacar de ellas : solo paró en decir, pero no dijo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pie sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros que amainasen las velas y las templasen y asegurasen. acudió toda la gente á la faena : comenzó la nave á volar en popa. con mar tendido y largo. por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia, por dejar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela ¿que sobresalto era aquel que tal le habia puesto, que á

ella le habia parecido haberle causado el haber oido nombrar el nombre de Periandro, y no sabia porque las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre? ¡Ay amiga! respondió Auristela; de tal manera estoy obligada á tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forzada á guardarle. En sabiendo quien soy, que si sabrás si el Cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen: verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos: ves cuan grande es el ñudo del parentesco de un hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro: ves ansimismo cuan propio es de los enamorados ser zelosos, pues con

mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. Este capitan, amiga, ¿no exageró la hermosura de Sinforosa? Y ella al coronar las sienes de Periandro ¿no le miró? Sí, sin duda. Y mi hermano ¿no es del valor y de la belleza que tú has visto? Pues ¿que mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo cuanto el Capitan ha contado, sucedió antes de la prision de la ínsula bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado donde habrás hallado que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los zelos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dijo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: pro-

cura ser tan discreta, que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte; la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar; pero en los agenos que no nos importan, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el Capitan á verlos, y á proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada, y saber del Capitan si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro se estendieron á mas que coronarle; y así se lo preguntó mo-

destamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el Capitan que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que así se han de llamar los favores de las damas. á Periandro; aunque á pesar de la bondad de Sinforosa, á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en la suya á Periandro; porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos: y por haberle ella mandado que saliese en un navío á buscar á Periandro, y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas sus sospechas. Como! ¿Y es posible, dijo Auristela, que las grandes señoras. las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sugetos colocados? Y siendo verdad, como

lo es, que la grandeza y majestad no se avienen bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reina, hermosa y libre no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometia ser grande el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que gobiernan los remos. Calla, hija Auristela, dijo Mauricio, que en ningunas otras acciones de naturaleza se ven mayores milagros ni mas continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales los milagros, se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por estraordinarios que sean : el amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien, la gentileza,

la gallardía y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades y atraer los corazones de cuantos la conocen; y cuanto la hermosura es mayor y mas conocida, es mas amada y estimada: así que no seria milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano, porque no le amaria como á Periandro á secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas. Que! ¿Periandro es hermano de esta señora? dijo el Capitan. Si, respondió Transila, por cuya ausencia ella vive con perpetua tristeza, y todos nosotros, que la queremos bien, y á él le conocimos en llanto y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife y de la barca, con todo aque-

llo que fue bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban: en el cual punto deja el autor el primer libro de esta grande historia, y pasa al segundo, donde se contarán cosas que aunque no pasan de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

HISTORIA SETENTRIONAL.

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

TOMO II.

BARCELONA.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMP.

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

CON LICENCIA.

1833.

TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta como el navío se volcó con todos los que dentro de él iban.

Parece que el autor de esta historia sabia mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de zelos, ocasionados de los que mostró tener Auristela por lo que le contó el capitan del navío; pero

en esta traduccion, que lo es, se quita por prolija y por cosa en muchas partes referida y ventilada; y se viene á la verdad del caso, que fue, que cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros y á deslumbrar la vista de todos los de la nave; y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta: pero no por esto dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para escusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de

la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza su madre y hermana: solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara si lo permitiera la cristiana y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por escusar el miedo espantoso de los truenos y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros, y en aquella semejanza del limbo se escusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo: es-

peraban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier trage que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban, hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian, y á los Cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrecheza, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro; que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega á hacer que no se sienta la pasion zelosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni

aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las mas altas gavias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracan furioso, como si la volvieran con algun artificio, puso

la gavia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban. A Dios, castos pensamientos de Auristela; á Dios, bien fundados disinios: sosegaos, pasos tan honrados como santos, noespereis otros mausoleos ni otras pirámides ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó Transila, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, á lo menos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, ó Ricla, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorártela en el Cielo. En resolucion, el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las

razones referidas en la pluma del autor de esta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPITULO II.

Donde se cuenta un estraño suceso.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia; porque á este segundo capítulo le dió cuatro ó cinco principios, casi como dudando que fin en él tomaria. En fin, se resolvió diciendo que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo da fácilmente á entender este estraño suceso. Sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; queda

fon los muertos sepultados sin tierra; deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio: pero los piadosos Cielos, que de muy atrás toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas ya mansas y recogidas á la orilla del mar en una playa, que por éntonces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no lejos estaba un puerto capacísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena ó de otro gran pescado que con la borrasca pasada habia dado al través: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navio, lo dijeron al rey Policarpo.

que era el señor de aquella ciudad, el cual acompañado de muchos y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salió tambien, y ordenó que con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dijeron al Rey que dentro de él sonaban golpes, y aun casi se oian voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dijo: Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Génova, una galera de España que por hacer el cur con la vela se volcó, como está ahora este bajel, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo, y antes que la volviesen ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el bajel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba, y el entrar la luz dentro y el salir por

él el capitan de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos, fue todo uno. Yo ví esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podria ser viniesen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre de esta galera; y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio, que los milagros suceden fuera del órden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues, ¿á qué aguardamos? dijo el Rey: siérrese luego el buco y veamos este misterio; que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro. Grande fue la prisa que se dieron á serrar el bajel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto. Abrióse en fin una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecian; metió uno el brazo, y asió de una doncella, que

el palpitarle el corazon daba señales de tener vida; otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa, y algunos pensando sacar vivos sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos: finalmente, dándoles el aire y la luz á los medio vivos, respiraron y cobraron aliento; limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio. Arnaldo quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dijo fue (que ella fue la primera que rompió el silencio

de todos) : ¿Por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? ¡Santos Cielos! ¿qué es esto? dijo entre sí Arnaldo. ¿Que memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al Cielo por las recibidas mercedes? Pero con todo esto le respondió y dijo que sí estaba; y le preguntó que, ¿como la conocia? porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitan del navío que le contó los triunfos de Periandro, habia pasado; y no pudo alcanzar la causa por la cual Auristela preguntaba por Sinforosa, que si la alcanzara, quizá dijera que la fuerza de los zelos es tan poderosa y tan sutíl, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorados en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que así pue-

den llamarse, y la admiracion en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban como los de la tierra estaban allí, y los del navío venian allí. Policarpo en esto, viendo que el navio, al arbrirle la boca, se le habia llenado de agua, en el lugar de aire que tenia, mandó llevarle á jorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo cual se hizo con mucha presteza: salieron asimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fueron recibidos del rey Policarpo y de sus hijas y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela: fue tambien á la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo trage, pocos años y gallardía de la

bárbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer y donaire de Ricla su madre; y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos á pie á ella.

Ya en este tiempo habia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su muger y su hija, y los unos á los otros se fueron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela, ocupada toda en mirar á Sinforosa, callaba; pero en fin habló á Periandro, y le dijo: ¿Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí va es Sinforosa la hija del rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sugeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligaran, ó querida herma-

na mia, á que me lo pareciera. Si por obligaciones va. y vos por ella encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipérboles y alabanzas, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados; decir que una muger es mas hermosa que un ángel, es encarecimiento de cortesía pero no de obligacion: sola en tí, dulcísima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ó hermano mio, no turbaran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices; pero yo espero en los piadosos Cielos que algun dia ha de reducir á sosiego mi desasosiego, y á bonanza mi tormenta: y en este entretanto con el en-

recimiento que puedo te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras agenas hermosuras ni otras obligaciones; que en la mia y en las mias podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal cual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela: juzgábala zelosa, cosa nueva para él, por tener por larga esperiencia conocido que la discrecion de Auristela jamás se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamás su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensamientos, jamás le dijo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mau-

ricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su muger y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasion que se le ofrecia de contar donde quiera que se hallase la grandeza de tan estraño suceso. Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huéspedes real y magníficamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo. que ya sabia que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habian sacado de su reino; y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpa y Sinforosa alojaron á Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al Cielo de haberla hecho, no amante, sino hermana de Periandro; y ansi por su estremada belleza, como por el

parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabia un punto desviarse de ella; desmenuzábale sus facciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con zelos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuvieron en la ciudad descansando de los trabajos pasados, y dando traza de volver Arnaldo á Dinamarca, ó adonde Auristela y Periandro quisieran. mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad y vista curiosa habia mirado los movimientos de Arnaldo, y cuan oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo. un dia en que se halló solo con

él, le dijo: Yo que siempre los vicios de los príncipes he reprendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tú licencia decirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches, que lo que se dice aconsejando en la intencion halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo determinó de escuchalle, y asi le dijo que dijese lo que quisiese; y Clodio con este salvo conducto prosiguió diciendo: Tú, señor, amas á Auristela: mal dije amas, adoras dijera mejor; y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda ni de quien es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada; hasla tenido en tu poder mas de dos

años, en los cuales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestísimos y eficaces del matrimonio; y en la misma entereza se está hoy que el primero dia que la solicitaste: de donde arguyo, que cuanto á ti te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento: y has de considerar que algun gran misterio encierra desechar una muger un reino y un príncipe que merece ser amado: misterio tambien encierra ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo que como dice que lo es, podria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta á las inclemencias del cielo, y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los Cielos entre los morta-

les, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, cuando entró Periandro y le hizo callar con su llegada, á pesar de su deseo y aun del de Arnaldo que quisiera escucharle: entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrillos con discrecion, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

CAPITULO III.

Apenas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos que la visitasen; y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma: pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro. y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médi-

cos que en ninguna manera la dejasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañía á todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la cual no pensaba sanar porque estaba determinada de no decilla, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo; finalmente, despejaron todos la estancia donde estaba, y quedáronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa; y apenas se vió sola con Auristela, cuando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos, con ardientes suspiros, pareció que queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela,

afectos que de nuevo la turbaron, y así le dijo: ¿Qué es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? Mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, cuanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro; dijelo: no, que la vergüenza y el ser quien soy son mordazas de mi lengua; ¿pero tengo de morir callando? ha de sanar mi enfermedad por milagro? es por ventura capaz de palabras el silencio? han de tener dos re-

catados y vergonzosos ojos, virtudes y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugalle los ojos, y á abrazarla y á decirla: No se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca; despide de tí por algun pequeño espacio la confusion y el empacho; y hazme tu secretaria, que los males comunicados si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio: si tu pasion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas á querer bien á algun sugeto á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan: díme, señora, ¿á quien quieres, á quien amas, y á quien adoras? que como

no dés en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió el que adoró el plátano, como sea hombre el que segun tú dices adoras, no me causará espanto ni maravilla: muger soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento, procuraré que se sepa la causa de mi muerte. Estábala mirando Sinforosa; cada palabra que decia, la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. ¡Ay, señora! dijo; ¡y como creo que los Cielos te han traido por tan estraño rodeo que parece milagro á esta tierra, condolidos de mi dolor, y lastimados de mi lástima! Del vientre oscuro de la nave te volvieron á la luz del mundo para que mi oscuridad tuviese luz, y mis deseos salida

de la confusion en que están; y así por no tenerme ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que habia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: díjole tambien como las gracias de su hermano Periandro habian despertado en ella un modo de deseo que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era, merecia serlo: esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dejé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna: y así poco á poco vine á quererle, á amarle, y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dijera Sinforosa si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una arpa que en las manos traia: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela; pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dejasen de prestar atentos oidos á la sin par en música, Policarpa, que de esta manera comenzó á cantar en su lengua lo que despues dijo el bárbaro Antonio que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte
Para cobrar la libertad perdida,
Dasciendas al dolor, suelta la vida:
Que no es valor ni es honra el no quejarte.
Y el generoso ardor que parte á parte
Tiene tu libre voluntad rendida,
Será de tu silencio el homicida
Cuando pienses por él eternizarte.
Salga con la doliente ánima fuera
La enferma voz, que es fuerza y es cordura
Decir la lengua lo que al alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo siquiera,
Cuan grande fue de amor tu calentura,
Pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabedora de todos sus deseos; y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los habia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender que mas por cortés que por su gusto propio la acompañaba: en fin, una vez tornando á anudar la plática pasada, le dijo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua: reventaré si no las digo; y este temor, á pesar de mi crédito, haré que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas,

llevaron tras sí mis enamorados deseos; y sin entremeterme en saber quien son sus padres, la patria ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro; y por tí sola y por quien eres, te suplico que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte sin sabiduría de mi padre; hija soy de un Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin es Rey; la edad ya la ves; la hermosura no se te encubre, que tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo; daréte yo á mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun antes de los dias de mi

padre, le elijan por rey los de este reino: y cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos. Teníale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuales y cuantos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado; y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lástima, que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto mas que Sinforosa no la habia ofendido en cosa alguna que la obligase á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traia desatinada: finalmente, no podia culparla sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito: lo que procuró apurar fue, si la habia favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua

ó con los ojos habia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió que jamás habia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debia; y que al paso de sus ojos habia andado el recato de su lengua. Bien creo eso, respondió Auristela; ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? Sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya; y así soy de parecer que antes que yo rompa esta dificultad procures tú hablarle, dándole ocasion para ello con algun honesto favor; que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde á tu deseo, seráme fácil á mí hacerle que de todo en todo le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificulto-

sísimos; no te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites; que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion, y el amor, sutíl maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia y amores de sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dijo: Mira, amiga y señora, hasta donde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitan de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le trajese por fuerza ó de grado á mi presencia; y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Así de-

be de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos; los cuales, si es posible, quiero que sosiegues hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerla lástima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las habia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo: El otro dia te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mugeres, y

que Auristela en efecto es muger aunque parece un ángel. y que Periandro es hombre aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quien eres, la soledad de tu padre, la falta que haces á tus vasallos, la contigencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierne: mira que los reyes están obligados á casarse, no con la hermosura sino con el linaje, no con la riqueza sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reinos: desmengua y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del rey es en si tan poderosa, que iguala consigo misma

la bajeza de la muger que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crias de valor admirable, mas que las no conocidas y de baja estirpe; entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: así que, ó señor mio, ó te vuelve á tu reino, ó procura con el recato no dejar engañarte; y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado: debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion, hasta aquí depravada. Yo te agradezco, ó Clodio, dijo Arnaldo, el buen consejo que me has dado; pero no consiente ni permite el Cielo que le reciba: Auristela es buena, Periandro es su hermano; y yo no

quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es; que para mí cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad: yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida: ansí que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán cuan vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza, y apartóse de su presencia con propósito de no servir mas de consejero; porque el que lo ha de ser requiere tener tres calidades: la primera autoridad, la segunda prudencia, y la tercera ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes: Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnal-

do pertinaz , y Mauricio haciendo designios de volver á su patria contra la voluntad de Transila, que no queria volver á la presencia de gente tan enemiga del buen decoro como la de su tierra. Ladislao , su esposo , no osaba ni queria contradecirla ; Antonio el padre moria por verse con sus hijos y muger en España, y Rutilio en Italia su patria : todos deseaban , pero á ninguno se le cumplian sus deseos , condicion de la naturaleza humana , que puesto que Dios la crió perfecta , nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta , la cual falta siempre la ha de haber mientras no dejáremos de desear.

Sucedió , pues , que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela , deseosa que se diese principio á tratar de su causa , y á la vista de su pleito , en cuya sentencia consistia la de su vida ó muerte : Las pri-

meras palabras que Auristela dijo á Periandro fueron : Esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte ; y querria que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte, y ninguna hallo tan buena como esta donde estámos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad; y muger noble y hermosisima en todo estremo, digna no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion que no movia las pestañas de los ojos; corria muy apriesa con el discurso de su entendimiento para hallar donde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion

diciendo : Digo , hermano , que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo; que Sinforosa te adora, y te quiere por esposo ; dice que tiene riquezas increibles , y yo digo que tiene creible hermosura , digo creible, porque es tal que no ha menester que exageraciones la levanten ni hipérboles la engrandezcan ; y en lo que he echado de ver , es de condicion blanda , de ingenio agudo , y de proceder tan discreto como honesto : con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces por ser quien eres ; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañía. Fuera estamos de nuestra patria , tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte ; nuestro camino á Roma , cuanto mas le procuramos , mas se dificulta y alarga ; mi intencion no se muda, pero tiembla: y no querria que entre temores y peligros me asaltase la

muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento, y principio á unas lágrimas que desdecian y borraban todo cuanto habia dicho: sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro; el cual viendo estos estremos y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta, y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado, le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese, hilo á hilo le bañaban las mejillas.

CAPITULO V.

De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpécense á unos los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceitunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas piensan que aciertan á decirla, es decir que las estrellas tienen cierta antipatía con la complexion de aquel hombre que le inclina

ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos viendo las cosas sobredichas y otras semejantes que á cada paso vemos. Una de las difiniciones del hombre, es decir que es animal risible, porque solo el hombre se rie y no otro ningun animal; y yo digo que tambien se puede decir que es animal llorable, animal que llora; y ansí como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es licito que llore el varon prudente: la una por haber pecado; la segunda por alcanzar perdon de él; la tercera por estar zeloso: las demas lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos pues desmayado á Periandro, y ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de zeloso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas y aun las enjugue, como hizo Auristela, la cual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado: volvió

en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia, volvió la cabeza y vió á sus espaldas á Ricla y á Constanza que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dejarle solo no hallara palabras con que responder á su señora; y así se fue á pensarlas y á considerar en los consejos que le habia dado.

Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber que auto se habia proveido en la audiencia de amor en la primera vista de su pleito, y sin duda que fuera la primera que entrara á ver á Auristela, y no Ricla y Constanza; pero estorbóselo llegar un recado de su padre el Rey, que la mandaba ir á su presencia luego y sin escusa alguna: obedecióle, fue á verle, y hallóle retirado y solo: hízola Policarpo sentar junto á sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baja, como que se recataba de que no le oyesen, la dijo: Hija, puesto que

tus pocos años no están obligados á sentir que cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdiccion, todavía tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Cuando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda que su padre sabia sus deseos; pero con todo eso calló, y no quiso interrumpirle hasta que mas se declarase; y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió, pues, su padre diciendo: Despues, ó hija mia, que me faltó tu madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubríme con tu amparo, gobernéme por tus consejos, y he guardado como has visto las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona, como por guardar la fe católica que profeso: pero despues que han

venido estos nuevos huéspedes á nuestra ciudad, se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta hasta el abismo, bajo de no sé que deseos, que si los callo me matan y si los digo me deshonran: no mas suspension, hija; no mas silencio, amiga. no mas; y si quieres que mas haya, sea el decirte que muero por Auristela: el color de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura; en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya oscuros; la gallardía de su persona ha alentado la flojedad de la mia. Querria, si fuese posible, á tí y á tu hermana daros una madrastra que su valor disculpe el dárosla: si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué dirán; y cuando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reino, reine yo

en los brazos de Auristela, que no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas y alcances de ella el sí que tanto me importa; que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años y mi riqueza á los suyos: bueno es ser reina, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traer de esta embajada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor. Mira, cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena muger, buena casa, buen caballo, y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la muger á procurallas como el varon, y aun mas; porque

no ha de levantar la muger al marido, sino el marido á la muger. Las majestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mugeres: así que, séase Auristela quien fuere, que siendo mi esposa será reina, y su hermano Periandro, mi cuñado; el cual dándotelo yo por esposo y honrándole con título de mi cuñado, vendrás tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa como por ser mi hija. ¿Pues como sabes tú, señor, dijo Sinforosa, que no es Periandro casado; y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo? De que no lo sea, respondió el Rey, me lo da á entender el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo, me le certifica y asegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana; y pues la her-

mosura de su hermana la hace ser reina, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras, y con esta grande promesa, paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos; y así, sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenia negociado; solo le dijo que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavía seria bueno no arrojarse sin que primero la esperiencia y el trato de algunos dias le asegurase; y diera ella porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertara á desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida; que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua, y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en

otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto; de donde le nacia ser gentil maldiciente, que el tonto y simple ni sabe murmurar ni maldecir; y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto; que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto y dé sabor como la sal á los manjares; y por lo menos al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el Rey de Inglaterra á su maliciosa lengua como á la torpeza de Ro-

samunda, hallándose solo con Rutilio, le dijo: Mira, Rutilio, necio es y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo ahora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos, si á tí con importarte la vida, como dices, los descubres al otro á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿como quieres que los cierre y recoja debajo de la llave del silencio? ¿Que mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio; y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas antes que se me pudran en el pecho, ó reviente con ellos. Ven acá, Rutilio: ¿qué hace aquí este Arnaldo siguendo el

cuerpo de Auristela como si fuese su misma sombra, dejando su reino á la discrecion de su padre viejo y quizá caduco; perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? ¿Qué dirémos de esta Auristela y de este su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son ó no principales, que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere; y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna? No niego yo que no sea virtud digna de alabanza mejorarse cada uno, pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida, se le deben, mas no se le debe á la ficticia y hipócrita: ¿quien puede ser

este luchador, este esgrimador, este corredor y saltador? este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado? este Argos de esta ternera de Auristela, que apenas nos la deja mirar por brújula, que ni sabemos ni hemos podido saber de este par tan sin par en hermosura, de donde vienen, ni á do van? Pero lo que mas me fatiga de ellos es que por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos; y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones: lo que gastan, sale de las alforjas, saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las bárbaras Riela y Constanza: bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen un gran tesoro; pero no

son prendas que se cambian y truecan por menudo: pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden, y príncipes que los favorezcan, es hablar en lo escusado. ¿Pues qué dirémos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que revienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré que Ladislao su esposo de Transila tomara ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester: y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentia del orbe, yo pondré que si el Cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente mostrando á su muger y á sus hijos, envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara

en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros, y el incendio no pensado de la isla: bien así como hacen los que, libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos. Pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condicion humana; y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser creedores. ¿Adonde vas á parar, ó Clodio? dijo Rutilio. Voy á parar, respondió Clodio, en decir de tí que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan, ni tienen otros pasatiempos sino lo que les ofrece Baco en sus tazas risueño, y en sus bebidas

lascivo: pararé tambien en mi, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del Cielo y por la cortesía de Arnaldo, ni al Cielo doy gracias ni á Arnaldo tampoco; antes querria procurar, que aunque fuese á costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura: entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás, Clodio, replicó Rutilio; pero yo no puedo imaginar que medio podrémos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento: yo no soy tan letrado como tú, pero bien alcanzo que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el Cielo, ellos por

sí solos pocas veces se levantan á donde sean señalados con el dedo si la virtud no les da la mano; pero á tí ¿quien te la ha de dar, si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud? y á mí ¿quien me ha de levantar, pues cuando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? Yo danzador, tú murmurador; yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente: mira que bien podrémos esperar, que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor de esta grande historia.

CAPITULO VI.

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos: Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio; solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tanto las razones de Auristela, que no sabia á cual acudir que le aliviase su pesadumbre. ¡Válame Dios! ¿qué es esto? decia entre sí mismo: ¿ha perdido el juicio Auristela, ella mi casamentera? ¿Como es posible que

haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿Que reinos ni que riquezas me pueden á mí obligar á que deje á mi hermana Sigismunda, sino es dejando de ser yo Pérsiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: Sin duda Auristela está zelosa, que los zelos se engendran, entre los que bien se quieren, del aire que pasa, del sol que toca, y aun de la tierra que se pisa. ¡O señora mia! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linaje humilde. Considera, señora, que el

amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos; y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino; con la edad y con el uso de la razon fue creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vílas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma, y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: deja pues, bien mio,

Sinforosas; no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oidos el dulce nombre de hermano con que me llamas. Todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua: mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada, y un deseo loable y digno de ser creido; y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dejemos escribiendo á Periandro, y

vamos á oir lo que dice Sinforosa á Auristela; la cual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apenas se la habria declarado, cuando alcanzase el si de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Cuando Auristela vió á Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia qué responderle, por no haber visto á Periandro; pero Sinforosa antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso; y así le dijo:

Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los Cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envia á decir que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres reina; ya Periandro es mio; ya las riquezas te sobran; y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hacer por mí; que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán si tu discrecion no se olvida de sí misma:

y díme ahora qué es lo que respondió tu hermano á lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seria el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela : Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino; que el ver mucho y el leer mucho, aviva los ingenios de los hombres : mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo, en cuanto debemos estimar el sosiego; y pues que el que nos ofrece es tal, sin duda imagino que le habrémos de admitir : pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza, ni desmayarla. Da, ó bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas : las obras que no se han de ha-

cer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una de estas acciones; y así es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los términos de esta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos; y vete hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber de él alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dejóla por hacer venir á Periandro á que la viese: el cual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia de esta manera:

«No he osado fiar de mi lengua lo que

de mi pluma, ni aun de ella fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento el que por instantes está esperando la muerte: ahora vengo á conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí que tienen esperiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdóname, que no admito el tuyo, por parecerme ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma: vuelve, señora, en tí, y no te haga una vana presuncion zelosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quien eres, y no te se olvide de quien yo soy; y verás en tí el término del valor que puede desearse, y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse; y fiándote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que á tu incomparable virtud y belleza otra alguna se ante-

ponga : sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto, y quédense á parte zelos infructuosos y mal nacidas sospechas : la partida de esta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir de ella, saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin zelos.»

Esto fue lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel, se fue á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.



CAPITULO VII.

Dividido en dos partes.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa y el otro de Auristela; á Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela; y andaban buscando ocasion como descubrir sus pensamientos sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre bajo y humilde que se atreve á decir á una muger prin-

cipal lo que no habia de atreverse á pensarlo siquiera : pero tal vez acontece que la desenvoltura de un poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos : ha de ser anexo á la muger principal, el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una muger, cuanto es mas señora : pero en estos dos caballeros y nuevos amántes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa, y Clodio á Auristela, del tenor que se sigue.

Rutilio á Policarpa.

« Señora, yo soy estranjero, y aunque te diga grandezas de mi linaje, como no

tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán crédito en tu pecho: aunque para confirmacion de que soy ilustre en linaje, basta que he tenido atrevimiento de decirte que te adoro: mira que pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á ti estará el pedirlas, y á mí el hacerlas; y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy. y que merezco como deseo, que de altos espíritus es aspirar á las cosas altas: dame siquiera con los ojos respuesta de este papel. que en la blandura ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte ó de mi vida.»

Cerró el papel Rutilio con intencion de dársele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: díselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento. Mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

Clodio á Auristela.

«Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donaire y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros, y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima; que, ¿cual es el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos? El hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta; el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos; la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida, y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mejillas; y finalmente, el agua te

ha sorbido y vomitado, y estos trabajos no sé con que fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un Rey vagabundo, y que te sigue por solo el interés de gozarte; ni las de tu hermano, si lo es, son tantas que te puedan alentar en tus miserias. No te fies, señora, de promesas remotas, y arrímate á las esperanzas propincuas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el Cielo quisiere darte. Mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de la tierra; yo daré traza como sacarte de esta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y sacándote de este Egipto te llevaré á la tierra de promision, que es España, ó Francia, ó Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mia: y sobre todo, me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.»

Habiendo oido Rutilio el papel de Clo-

dio, dijo: Verdaderamente nosotros estámos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension, son las de la hormiga. Mira, Clodio, yo soy de parecer que rasguemos estos papeles; pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad, porque el amor ni nace ni puede crecer, si no es el arrimo de la esperanza, y faltando ella falta él de todo punto: pues ¿porque queremos aventurarnos á perder, y no á ganar en esta empresa? que el declararla y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el cuchillo ha de ser todo uno: demás, que por mostrarnos enamorados, habrémos de parecer sobre desagradecidos, traidores: ¿tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un rey?

y la que hay de un desterrado murmurador á la que desecha y menospreció reinos? Mordámonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad: á lo menos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento; porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de veras. Llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas,

le dijo : Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fui el que fue Pérsiles; y soy el que tú quieres que sea Periandro; el ñudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte; y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los Cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa; ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma: esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláusula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes.

Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viaje; que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino: tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de zelos y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venia encerrada, y respondióle seis ú ocho palabras, que fueron: Sin hacerme fuerza, dulce amado te creo; y confiada te pido, que con brevedad salgamos de de esta tierra, que en otra quizá conva-

leceré de la enfermedad zelosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevara con paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de qué disculparme: por quien eres te suplico que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para que nos males con ella: pondré en efecto lo que me mandas, saldrémos de esta tierra con la brevedad posible. ¿Sabes cuanto te importa, Periandro? respondió Auristela: pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dádivas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este reino: Policarpo el rey quiere ser mi esposo; hámelo enviado á decir con Sinforosa su hija; y ella con el favor que

piensa tener en mí. siendo su madrastra, quiere que seas su esposo : si esto puede ser, tú lo sabes ; y si estámos en peligro, considéralo, y conforme á esto aconséjate con tu discrecion y busca el remedio que nuestra necesidad pide ; y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte, pero estos yerros fácilmente los perdona el amor. De él se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin zelos, los cuales cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer sirviendo de espuelas á la voluntad. que de puro confiada se entibia, ó á lo menos parece que se desmaya; y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos. sino con voluntad mas llana y menos puntosa, no levantando algun descuido mio, mas pequeño

que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos, llegando á los zelos: y en lo demás, con tu buen juicio entreten al Rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dejó Periandro, y al salir de la estancia encontró con Clodio y Rutilio, Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo para ponérselo en el seno; Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad, y ufano de su atrevimiento: pero andará el tiempo y llegará el punto donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPITULO VIII.

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso además de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aun hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos desinios no tomaba

el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y cuando fueran sesenta es tambien grande la distancia: ansi halagan y lisonjean los lascivos deseos las voluntades, así engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos, así tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones á los que no resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que quien mucho desea mucho teme; y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linaje y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren: andan el amor y el temor tan apareados, que á do quiera que volvais

la cara los veréis juntos; y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho por no dar á quien bien quiere pesadumbre; y mas, que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla.

Todo esto con mejores discursos que su padre consideraba la bella Sinforosa, y entre temor y esperanza puesta, fue á ver á Auristela, y á saber de ella lo que esperaba y temia: en fin, se vió Sinforosa con Auristela y sola, que era lo que ella mas deseaba, y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que así como entró á verla, sin que la hablase palabra, se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte.

Entendióla Auristela, y á media risa, quiero decir, con muestras alegres, le dijo: Llegaos, señora, que á la raiz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto, pero en fin llegarán; porque, aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperalle: mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza á quererte, y tiene á bien y á merced particular la que le haces, en querer ser suya; pero antes que venga á tan dichosa posesion, ha menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara

que has de saber, hermana mia, que así puedo yo vivir sin Periandro, como puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir, donde él viviere; él es el espíritu que me *mueve*, y el alma que me anima; y siendo esto así, si él se casa en esta tierra contigo, ¿como podré yo vivir en la de Arnaldo, en ausencia de mi hermano? Para escusar este desman que me amenaza, ordena que nos vamos con él á su reino, desde el cual le pedirémos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra; y está claro, como la esperiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, fácil cosa será dar la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: No sé, hermana,

con que palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y así la dejaré en su punto, porque no sé como esplicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recíbelo antes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que ponga en contingencia la seguridad de tu posesion; no le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hale de ser forzoso si no querer á lo menos consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reino y en su casa: asegúrame tú, ó hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo que yo te daré llanas todas las dificultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pue-

da poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que están por venir: á hacernos fuerza pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso, á lo menos lo es mas que tu padre, y los reyes burlados y engañados fácilmente se acomodan á vengarse; y así en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiríades daño, trayéndoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dijeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos despues, considerando que nunca los Cielos aprietan tanto los males que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con su discrecion y aviso solicites nuestra partida.

que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta; y aquí, si no en reinos tan grandes como los de Arnaldo, á lo menos en paz mas segura gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas. Oyendo las cuales razones Sinforosa, loca de contenta se abalanzó á Auristela, y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios: en esto vieron entrar por la sala á los dos, al parecer bárbaros, padre y hijo, y á Ricla y Constanza: y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en que punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: despidióse Sinforosa mas alegre y mas engañada que cuando habia entrado, que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las

sombras de las promesas de su gusto.

El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dijo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados ó ausentes de su patria, donde no dejaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dejaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me dén el último vale: este bien y merced conseguirémos todos cuantos aquí estámos, pues todos somos estranjeros y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallaré-

mos en las agenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo menos teniendo por bien, que nosotros la procuremos, puesto que no será posible el dejarte; porque tu generosa condicion y rara hermosura, acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. A lo menos, dijo á esta sazon Antonio el padre. de la mia y de las de mi muger y hijos, lo es de suerte, que primero dejaré la vida que dejar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado; y aunque no está en mi mano corresponder á él como debia, todavía haré que le pongan en efecto el príncipe Arnaldo y mi hermano Periandro. sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto pues que llega el felice dia y

punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reine en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros; que pues el Cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias, que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso y su discrecion admirable. Entró en este instante el rey Policarpo, alegre sobre manera, porque ya habia sabido de Sinforosa su hija las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los ímpetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía, que no hay hipócrita, sino es conocido por tal, que dañe á

nadie sino á sí mismo; y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabien á Auristela de la mejoría, mandó el Rey que aquella noche, en señal de la merced que del Cielo todos en la mejoría de Auristela habian recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad, y fiestas y regocijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo en considerar cuan suavemente se iba engañando Arnaldo: el cual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los designios de Policarpo, buscaba modo de salir de su ciudad, pues tanto cuanto mas se dilataba su partida, tanto mas, á su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio, tam-

bien deseoso de volver á su patria, acudió á su ciencia, y halló en ella que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto que cuando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por cualquiera dificultad, y hasta llegar al fin de ellos no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones: y así no habia para que fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion, quedaron los tres de acuerdo, que Mauricio buscase un bajel, de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo convenible, y que en este entretanto no mostrase ninguno señales de que tenian noticia de

los designios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPITULO IX.

Da Clodio el papel á Auristela, Antonio el bárbaro le mata por yerro.

Dice la historia que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que la habia escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leidos y estimados. Abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo para dejalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa

luz, como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dijo: Quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa de este tu atrevido disparate entendiera que habia nacido de algun descuido mio que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento, el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro; y sin replicar palabra, bajó los ojos, volvió las espaldas, y dejó sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado habia de dar en traidor, aprovechándose de

los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo. Sucedió en este tiempo, que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una muger en él de hasta cuarenta años de edad, que con el brio y donaire debia de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España; y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que habia visto en los de la bárbara isla donde se habia criado y nacido, bien conoció ser estranjera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre) despues de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo: Pareceríte ha novedad, ó mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes

de estar en uso de ser visitado de mugeres, habiéndote criado, segun he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho: no te desvies, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana: mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Zenotia; soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, ha-

ciéndome conocida mis obras; salí de mi patria habrá cuatro años huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reino tienen del católico rebaño; mi estirpe es agarena, mis ejercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única. ¿Ves este sol que nos alumbra? Pues si para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto oscura noche; ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras ú otras espantosas señales que nos representen la confusion del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Albama siempre ha habido alguna muger de mi nombre, la cual con el apellido de Zenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser he-

chiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho; ejercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna; usan de caracteres que no entienden; y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es, no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya que el demonio las engañe, pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras; y juntando lo activo á lo pasivo, parece

que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes, de donde nace nuestra buena ó mala fama; buena, si hacemos bien con nuestra habilidad; mala, si hacemos mal con ella: pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos que no se deslicen á procurar el mal ageno; que ¿quien quitará al airado y ofendido que no se vengue? quien al amante desdeñado que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre albedrío, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de yerbas que lo alcance.

A todo esto que la española Zenotia decia la estaba mirando Antonio con deseo grande de saber que suma tendria tan larga cuenta; pero la Zenotia prosiguió di-

ciendo: Dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman inquisidores en España me arrancó de mi patria, que cuando se sale por fuerza de ella, antes se puede llamar arrancada que salida: vine á esta isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atrás pensando que me mordian las faldas los perros que aun hasta aquí temo; díme presto á conocer al Rey antecesor de Policarpo; hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo; procuré hacer vendible mi ciencia, tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro; y estando atenta á esta ganancia, he vivido castamente, sin procurar otro algun deleite, ni le procurara si mi buena ó mi mala fortuna no te hubieran traido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea,

yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar cuantos dineros acertares á desear; para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar; rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el aire: haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra; haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra; haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin, enmendaré tu suerte de manera, que seas siempre envidiado, y no envidioso: y en cambio de estos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa; y como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea viviré con-

lenta. Comienza, pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido; mostrarte has prudente si antes que me agradezcas estos deseos quisieres hacer esperiencia de mis obras; y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio, viendo lo cual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle; y levantándose, fue á tomar su arco, que siempre ó le traia consigo ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha hasta veinte pasos desviado de la Zenotia, le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio; y por huir el golpe desvió el cuerpo, y pasó

la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia su trage); pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco, y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio, castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Zenotia la cabeza, vió el mortal golpe que habia hecho la flecha, temió la segunda; y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPITULO X.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que habia hecho, que aunque acertó errando, como no sabia las culpas de Clodio y habia visto las de la Zenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las habia llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro.

Entró en esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha que aquel golpe habia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle que sí: quiso saber la causa, y tambien se la dijo; admiróse el padre, y lleno de indignacion le dijo: Ven acá bárbaro; si á los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas ni con esperar los encuentros, sino con huir de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo hebreo que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dejaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida y ese arco con que presumes vencer á la misma valentía; no le armaras contra la

blandura de una muger rendida, que cuando lo está, rompe por cualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos, te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fue: No miré, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho; procuraré enmendarme de aqui

adelante de modo que no parezca bárbaro por riguroso, ni lascivo por manso; dése órden de enterrar á Clodio, y de hacer la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto habia volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa de ella; porque la encubrió la enamorada Zenotia, diciendo solo que sin saber por qué el bárbaro mozo le habia muerto.

Llegó esta nueva á los oidos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos con intencion de mostrársele á Periandro ó á Arnaldo para que castigasen su atrevimiento: pero viendo que el Cielo habia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos, consideracion tan prudente como cristiana; y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus inju-

rias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al príncipe Arnaldo, el cual á ruego de Auristela y al de Transila, perdonó á Antonio y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le habia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando como vengarse del cruel flechero, el cual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de que enfermedad. Lloraba Ricla, su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el cora-

zon consumido ; no se podia alegrar Auristela ni Mauricio ; Ladislao y Transila sentian la misma pesadumbre : viendo lo cual Policarpo, acudió á su consejera Zenotia , y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio , la cual por no conocerla los médicos , ellos no sabian hallarle ; ella le dió buenas esperanzas , asegurándole que de aquella enfermedad no moriria , pero que convenia dilatar algun tanto la cura ; creyóla Policarpo como si se lo dijera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro , en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon ; que puesto que deseaba que se partiese , pues no podia volver si no se partia, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazon y coyuntura donde Policarpo y sus dos hijas , Arnaldo , Periandro y Auris-

tela, Mauricio, Ladislao, Transila y Rutilio, que despues que escribió el billete á Policarpa, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado que piensa que cuantos le miran son sabedores de su culpa; digo, que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fueron á visitar á pedimento de Auristela, que así á él como á sus padres los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho cuando los sacó del fuego de la isla y la llevó al serrallo de su padre; y mas, que como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos y se traban las amistades por haber sido tantas las que en compañía de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion y destino los amaba.

Estando pues juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente á Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaria de saber de donde venia la primera vez que llegó á aquella isla cuando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hicieron, en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió que sí haria si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir ni descubrir á nadie hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dijeron que hiciese su gusto, que de cualquier cosa que él dijese le recibirian; y el que mas contento sintió fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dijese, algo que descubriese quien era: con este salvo conducto Periandro dijo de esta manera.



CAPITULO XI.

Cuenta Periandro el suceso de su viaje.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea este: que nos contempleis á mi hermana y á mí con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño en lugar de parecer mercader, era un gran corsario: las riberas de una isla barríamos, quiero decir, que íbamos tan cerca de ella, que distintamente conocíamos no solamsnte los árboles, pero sus diferencias: mi hermana, cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á

la tierra; pidióselo al capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á mí y á mi hermana y á Cloelia, que este era el nombre de su ama. Al tomar tierra, vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo; hacíanle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos árboles, á quien servian de cristalinos espejos sus trasparentes aguas: rogámosle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos convidaba; hízolo así, y comenzó á subir por el rio arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo y dijo: Mirad, señores, del modo que habeis de hacer este viaje, y haced cuenta que esta pequeña barca, que ahora os lleva, es vuestro navio; porque no habeis de volver, mas

al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decís que sois su hermano, la vida: díjome en fin, que el capitan del navío queria deshonrar á mi hermana, y darme á mí la muerte; y que atendiésemos á nuestro remedio, que él nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueva, júzguelo el que estuviere acostumbrado á recibirlas malas de los bienes que espera. Agradecíle el aviso, y ofrecíle la recompensa cuando nos viésemos en mas felice estado. Aun bien, dijo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora. Aconsejándonos los cuatro de lo que hacer debíamos, fue parecer del marinero que nos entrásemos el rio adentro, quizá descubriríamos algun lugar que nos defendiese si acaso los de la nave viniesen á buscarnos: mas no vendrán, dijo, porque no hay gente en

todas estas islas que no piensen ser corsarios todos cuantos surcan estas riberas; y en viendo la nave ó naves, luego toman las armas para defenderse; y si no es con asaltos nocturnos y secretos, nunca salen medrados los corsarios. Parecióme bien su consejo; tomé yo el un remo, y ayudéle á llevar el trabajo; subimos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oidos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de árboles movibles, que de la una ribera á la otra ligeramente cruzaban; llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas lo que parecian árboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban.

Apenas nos hubieron descubierto cuando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes: levantóse en pie mi hermana. y echándose

sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada ó liston que le dió su ama, hizo de sí casi divina é improvisa muestra, que como despues supe, por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian; los cuales á voces, como dijo el marinero que las entendia, decian: ¿Qué es esto? ¿Que deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino y á la sin par Selviana, de sus felicísimas bodas? Luego dieron cabo á nuestra barca y nos llevaron á desembarcar no lejos del lugar donde nos habian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, cuando un escuadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su trage, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiracion y reverencia, llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela; la cual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian

dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera, vímos un tálamo en gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servian de alcatifas al suelo; vímos ansimismo levantarse de unos asientos dos mugeres y dos hombres, ellas mozas, y ellos gallardos mancebos; la una hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera; el uno gallardo y gentil hombre, y el otro no tanto; y todos cuatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre, dijo: O tú, quien quiera que seas, que no puedes ser sino cosa del Cielo, mi hermano y yo con el estremo á nuestras fuerzas posible te agradecemos esta merced que nos haces, honrando nuestras pobres y ya de hoy mas ricas bodas: ven, señora: y si en lugar de los pala-

cios de cristal que en el profundo mar dejas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres, ó por mejor decir, las paredes de mimbres y los tejados de conchas; hallarás por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte; y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermosura la opinion que de ella tenian. El pescador menos gallardo se apartó á dar órden á la demas turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recien venida estranjera, y que tocasen todos los instrumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente:

el marinero, contentísimo del suceso, dió cuenta á los pescadores del navío que en el mar quedaba, diciéndoles que era de corsarios, de quien se temia que habian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes. que para mover los corazones á su defensa, le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana. Apenas entendieron esto, cuando dejaron los instrumentos regocijados, y acudieron á los bélicos que tocaron arma, arma, por entrambas riberas: llegó en esto la noche; recogimonos al mismo rancho de los desposados; pusiéronse centinelas hasta la misma boca del rio, cebáronse las nasas, tendiéronse las redes. y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huéspedes; y por mas honrarlos, los dos recien desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas,

sino dejar los ranchos solos á ellas y Auristela y á Cleolia, y que ellos con sus amigos, conmigo y con el marinero se las hiciese guarda y centinela, y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nuevo regocijo habia encendido, quisieron los desposados que cenásemos en el campo los barones, y dentro del rancho las mugeres: hizose así, y fue la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes, y la otra sus pescados.

Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros me dijo: Por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon y tal coyuntura, que con ella has dilatado

mis bodas, tengo por cierto que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo; y ansí, aunque me tengas por loco y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, á mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé que disculpa dar de la culpa que tengo ni del yerro que hago: yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa; con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla, que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo; y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana, de modo que nuestras cuatro voluntades

están trocadas, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer á nuestros padres y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en que razon se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo sino por el gusto ageno; y aunque esta tarde habíamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria sino por ordenacion del Cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura; y para esto te pido consejo, pues como estranjero y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme, porque tengo determinado que si no se descubre alguna senda que me lleve á mí remedio, de ausentarme de estas riberas y no parecer en ellas en tanto que la vida durare, ora mis pa-

dres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden.

Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras: No hay para que te ausentes, amigo, á lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina. Con esto nos volvímos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado: ella halló en su discrecion el modo como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos; y fue que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte, les dijo: Sabed, amigas, que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el Cielo me ha dado, me dotó de un

entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de una persona, le leo el alma y le adivino los pensamientos: para prueba de esta verdad, os presentaré á vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino; y tú, Selviana, por Solercio: la virginal vergüenza os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio; y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos: callad, y dejadme hacer, que ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendréis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmaron ser verdad cuanto habia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia, cuya alborada fue regocijadísima porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de

los pescadores; sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sones; alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría; salieron los desposados para irse á poner en el tálamo, donde habian estado el dia de antes; vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda; mi hermana de industria se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor, que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo veréis cuando os las enseñe: mostró ser imágen sobre el mortal curso levantada; llevaba asidas de las manos Selviana y á Leoncia, y puesta encima del teatro donde el tálamo estaba, llamó y hizo llegar junto á sí á Carino y á Solercio. Carino llegó temblando y confuso, de no saber lo que yo habia negociado; y estando ya el sacerdote

á punto para darles las manos y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen: luego se estendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado, que apenas los aires se movian. Viéndose pues prestar grato oido de todos, dijo en alta y sonora voz: Esto quiere el Cielo; y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio; y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es como ya he dicho, ordenacion del Cielo, y gusto no accidental, sino propio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los cuatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues así habia trocado aquellos casi hechos

casamientos con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada banda; ni mas ni menos las banderetas, que venian muchas por los filaretes, asimismo eran de varias colores; los doce remeros de cada una venian vestidos de blanquisimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine cuando entré la vez primera en esta isla: luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las cuatro como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dejaba entender lo que mandaba el capi-

lan del mar, que en otra pintada barca venia: apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dejando un espacio llano en medio por donde las cuatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlas: y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos. donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza y fogosos, bien ansí como lo suele estar el generoso can de Irlanda cuando su dueño no le quiere soltar de la traílla á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas cuatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecia que volaban: una de ellas, que llevaba por

insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos cuantos la miraban de que ella seria la primera que llegase á ganar el deseado premio; otra que venia tras ella iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros. pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores; pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas, de aquello que se imagina, porque aunque es ley de los combates y contiendas que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces ó con otro algun género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demas, sin mirar á leyes, creyendo que la victo-

ria era suya, dijeron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible. A cuyas voces, por escuchallas, parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasion la segunda barca que detrás de la del Amor venia, la cual traia por insignia al Interés, en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interés con el Amor, y arrimándosele á un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interés recogido los suyos y pasado adelante, dejando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor, y volvieron á decir: El Interés vence, el Interés vence. La barca tercera traia por insignia á la Diligencia en figura de una muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompe-

ta en las manos, antes pareciera Fama que Diligencia: viendo el buen suceso del Interés, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo, que llegaron á igualar con el Interés: pero por el mal gobierno del timonero se embarazó con las dos barcas primeras, de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo cual la postrera, que traia por insignia á la buena Fortuna, cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demas barcas, desviándose algun tanto de ellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decir se suele, los puños; y deslizándose por un lado, pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecia que si los que quedaban atrás en-

tonces, les llevaran la misma ventaja, no dudaran de alcanzarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura que por ligereza.

En fin, la buena Fortuna fue la que la tuvo entonces, y la mia de ahora no lo seria si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y estraños sucesos. Y así os ruego, señores, dejemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dijo Periandro, á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo; viendo lo cual su padre, casi como adivino de donde procedia, los dejó á todos, y se fue como despues parecerá, á buscar á la Zenotia, con la cual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XII.

Pareceme que si no se arrimara la paciencia al gusto que tenian Arnaldo y Policarpo de mirar á Auristela, y Sinforosa de ver á Periandro, ya le hubieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que habia sido algo larga y traida no muy á propósito, pues para contar sus desgracias propias, no habia para que contar los placeres agenos: con todo eso les

dió gusto, y quedaron con él esperando oir el fin de su historia, por el donaire siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre á la Zenotia, que buscaba en la cámara del Rey por lo menos; y en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, asiéndola del brazo izquierdo, y levantando la daga en alto, la dijo: Dame, ó hechicera, á mi hijo vivo y sano, y luego, sino haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado: mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas; mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ó en alguna otra parte, que solo tú lo sabes. Pasmóse Zenotia viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblado le prometió de darle la vida y salud de

su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo si se le pidiera: de tal manera se la habia entrado el temor en el alma; y así le dijo: Suéltame, Español, y envaina tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está; y pues sabes que las mugeres somos naturalmente vengativas, y mas cuando nos llama á la venganza el desden y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho: aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie á los que piedad le pidieren; y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano. Cuando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria para hallarte, ni cólera para quitarte la vida: y con esto la dejó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del

quicio de una puerta los hechizos que habia preparado para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenia rendida. Apenas hubo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerzas esforzado brio, de lo que recibieron general contento cuantos le conocian; y estando con él á solas su padre, le dijo: En todo cuanto quiero ahora decirte, ó hijo, quiero advertirte que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera; y bien habrás echado de ver esto en quince ó diez y seis años que ha que te enseño la ley que mispadres me enseñaron, que es la católica, la verdadera, y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado

hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los Cielos : esta santa ley nos enseña que no estámos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino á aconsejarlos la enmienda de sus delitos, que el castigo toca al juez, y la reprension á todos, como sea con las condiciones que despues te diré. Cuando te convidaren á hacer ofensas que redunden en deservicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras; que con no recebir el consejo y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor de la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto : la Zenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco á poco en menos de diez dias perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo hubiera estorbado, y vente conmigo, porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y

escuchemos los sucesos de Periandro que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio á su padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad se armasen.

La Zenotia en esto corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano agena vengar su agravio sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro; y con este pensamiento y resuelta determinacion se fue al rey Policarpo, y le dijo: Ya sabes, Señor, como despues que vine á tu casa y á tu servicio siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible; sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos; y sabes como prudente, que en los casos

propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados: y por esto querria que en el que ahora tienes hecho de dejar ir libremente á Arnaldo y á toda su compañía, vas fuera de toda razon y de todo término. Díme, si no puedes presente rendir á Auristela, ¿como la rendirás ausente? y como querrá ella cumplir su palabra volviendo á tomar por esposo á un varon anciano, que en efecto lo eres, que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar, teniéndose ella de su mano á Periandro, que podria ser que no fuese su hermano, y Arnaldo, príncipe mozo y que no la quiere para menos que para ser su esposa. No dejes, Señor, que la ocasion que agora se te ofrece te vuelva la calva en lugar de la guedeja: y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento

que tuvo este monstruo bárbaro que viene en su compañía, de matar en tu misma casa á aquel que dicen que se llamaba Clodio; que si ansí lo haces alcanzarás fama que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Zenotia, que con cada palabra que le decia le atravesaba, como si fuera con agudos clavos, el corazon; y luego luego quisiera correr á poner en efecto sus consejos: ya le parecia ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reino de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos designios; en fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le ha-

bia ofendido: pero viendo la Zenotia cuan sazonado le tenia y cuan pronto para ejecutar todo aquello que mas le quisiese aconsejar, le dijo que se sosegase por entonces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenia.

Agradeciósélo Policarpo, y ella cruel y enamorada daba trazas en su pensamiento como cumpliese el deseo del Rey y el suyo: llegóse en esto la noche; juntáronse á conversacion como la vez pasada; volvió Periandro á repetir algunas palabras antes dichas para que viniese con concierto á anudar el hilo de su historia, que la habia dejado en el certámen de las barcas.

CAPITULO XIII.

Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras como con las cadenas que salian de la boca de Hércules: tal era la gracia y donaire con que Periandro contaba sus sucesos. Finalmente, los volvió á anudar, como se ha dicho, prosiguiendo de esta manera: Al Amor, al Interés y á la Diligencia dejó atrás la buena Fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de provecho el interés, ni el amor puede usar de sus fuerzas: la fiesta de mis pescadores, tan

regocijada como pobre, escedió á las de los triunfos romanos; que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados: pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias; aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar: holgábanse los desposados que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado; y así ordenaron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas, y se continuasen por tres dias. La sazon del tiempo, que era la del verano, la comodi-

dad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores; cada cosa de de estas de por sí y todas juntas convidaban á tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fiestas durasen. Pero apenas nos habíamos reducido á la isla, cuando de entre un pedazo de bosque que en ella estaba, salieron hasta cincuenta salteadores armados á la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto; y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos á mirar que á acometer á los ladrones, los cuales como hambrientos lobos arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos á mi hermana Auristela, á Cloelia su ama, y á Selviana y á Leoncia, co-

mo si solamente vinieran á ofendellas, porque se dejaron otras muchas mugeres á quien la naturaleza habia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el estraño caso mas colérico que suspenso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces, afrentándolos como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviesen á volver á tomar venganza de ellas; pero ellos, atentos á salir con su intento, ó no oyeron ó no quisieron vengarse; y así se desaparecieron, y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse, á consejo sobre qué haríamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestras prendas. Uno dijo: No es posible sino que alguna nave de salteadores está en la mar y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabi-

dores de nuestra junta y de nuestras fiestas: si esto es ansí, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es que salgan algunos barcos de los nuestros y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas cuanto; que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dije entonces, el que haré esa diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dijeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

Cuando tomamos esta resolucion comenzaba á anochecer; pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados y yo con seis remeros: pero cuando salímos al mar descubierto habia acabado de cerrar la noche, por cuya oscuridad no vimos bajel alguno; determinamos de

esperar el venidero dia por ver si con la claridad descubríamos algun navío; y quiso la suerte que descubriésemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia á tomarla: conocí que el que dejaba la tierra era el mismo de quien habíamos salido á la isla, así en las banderas como en las velas, que venian cruzadas con una cruz roja; los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran corsarios. Pues como yo imaginé que el navío que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro; vine arrimado al costado del navío para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiesen. Asomóse el capitan al borde: y cuando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de ar-

tillería de la nave de fuera en señal que desafiaba á la batalla al navío de tierra. Al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso; y en un instante se comenzaron á cañonear las dos naves como si fueran de dos conocidos é irritados enemigos.

Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lejos estuvímos mirando la batalla; y habiendo jugado la artillería casi una hora, se aferraron los dos navíos con una no vista furia: los del navío de fuera, ó mas venturosos, ó por mejor decir mas valientes, saltaron en el navío de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida á sus enemigos, sin dejar á ninguno con ella. Viéndose, pues, libres de sus ofensores, se dieron á saquear el navío de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de corsarios no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejo-

res del mundo, porque se llevaron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia y á Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los aires, uno de tierra sopló y hizo apartar el navío; no pude llegar á él ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fue forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida: y por no ser otra la derrota que el navío llevaba que aquella que el viento le permitia, no pudímos por entonces juzgar el camino que haria ni señal que nos diese á entender quienes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio: él voló en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados y

tristes nos entramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entró entonces en mi pecho, que sin mudarme el sér me pareció que le tenia mas que de hombre; y así levantándome en pie sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demas y estuviesen atentos á estas ú otras semejantes razones que les dije: La baja fortuna jamás se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha; nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros, mendigos. Esto os digo, ó amigos mios, para moveros é incitaros á que mejoreis vuestra suerte y á que dejeis el pobre ajuar de unas redes y de

unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo: llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un dia, sin ganar fama alguna, ¿porque no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol ni de todas las inclemencias del cielo procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes; y los premios que por ella se alcanzan se pueden llamar ultramundanos. Ea pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navio que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro que en la ribera nos dejaron, casi á lo que creo, por ordenacion del Cielo: vamos tras él, y hagámonos piratas, no co-

diciosos como son los demas, sino justicieros como lo serémos nosotros; á todos se nos entiende el arte de la marinería: bastimentos hallarémos en el navio con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres; y si es grande el agravio que hemos recibido, grandisima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: sígame pues el que quisiere, que yo os suplico y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dejar en esta valerosa empresa. Apenas hube acabado de decir estas razones, cuando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian, y entre todos salió una voz que dijo: Embárcate, generoso huésped, y sé nuestro capitan y nuestra guia, que todos te seguirémos.

Esta tan improvisa resolucion de todos

me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al cual siguieron otros casi cuarenta: llegué á reconocer el navío, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo que fuese necesario para el viaje; aconsejéles que ninguno volviese á tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mugeres y el de los queridos hijos no fuese parte para dejar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron así, y desde allí se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mugeres: caso estraño, y que ha menester que la cortesía ayude á darle crédito. Ninguno volvió á tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navío, en el cual sin repartir los oficios,

todos servian de marineros y de pilotos, escepto yo, que fuí nombrado por capitan por gusto de todos; y encomendándome á Dios, comencé luego á ejercer mi oficio, y lo primero que mandé fue desembarazar el navío de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno; ordené que se buscasen todas las armas ansí ofensivas como defensivas que en él habia; y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le estaba; requerí los bastimentos, y conforme á la gente, tanteé para cuantos dias serian bastantes poco mas ó menos.

Hecho esto, y hecha oracion al Cielo suplicándole encaminase nuestro viaje y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas, que aun se estaban atadas á las entenas, y que las diéramos al viento, que como se ha dicho, soplaba de la tierra; y tan alegres

como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navío de la presa. Véisme aquí, señores que me estais escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de capitan contra ellos; que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren. No mas, dijo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro amigo; que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas por ser tantas. A lo que respondió Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque por haber hallado á mi hermana Auristela, las juzgo por

dichosas, que el mal que se acaba sin acabar la vida no lo es. A esto dijo Transila: Yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razon; solo entiendo que lo será muy grande sino cumplís el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas ingeniosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros capitan de salteadores, juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien suspensa cual fue la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin, si fuere posible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios: quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen á la misma plática, por entonces dió fin Periandro á la suya.

CAPITULO XIV.

Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardía á su primera entereza, y con ella se volvieron á renovar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los cuales tambien renovaron en su corazon los temores de verse de él ausente; que los deshauciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse que lo están en tanto que ven presente la causa de donde nacen; y así procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entnedimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes, y

así volvió á aconsejar á Policarpo que en ninguna manera dejase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le diese la pena conforme al delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entonces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No lo quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Zenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debajo de su amparo le traia, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba; y mas que aquel delito fue accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte que le pidiese, y que todos cuantos le conocian afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Como es esto, señor, re-

plicó la Zenotia, que habiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, agora estás tan lejos de tomarle? Ellos se te irán, ella no volverá, tú llorarás entonces tu perplejidad y tu mal discurso á tiempo cuando ni te aprovechen las lágrimas ni enmendar en la imaginacion lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado, en razon de cumplir su deseo, no lo son, en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes á este mozo, darás lugar á la justicia, y soltándole á la misericordia; y en lo uno y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. De esta manera aconsejaba la Zenotia á Policarpo, el cual á solas

y en todo lugar iba y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de que modo podia detener á Auristela sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese; pero en medio de estas consideraciones y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada ni tan cruel como la Zenotia, deseaba la partida de Periandro por entrar en la esperanza de la vuelta, se llegó el término de que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera:

Ligera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dejando todos en el albedrío de la fortuna nuestro viaje, cuando desde lo alto de la gavia vímos caer á un marinero, que antes que llegase á la cubierta del navío, quedó suspenso de un cordel que traia anudado á la

garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorbé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las cuales volvió en sí; y preguntándole la causa de su desesperacion, dijo: Dos hijos tengo, el uno de tres, y el otro de cuatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos; y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo de estas manos; y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dejaba, y casi como si alcanzara á verlos, los vi hincados de rodillas, las manos levantadas al Cielo, rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; ví ansi mismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerza á decir que lo ví para no poner duda en ello; y el ver que esta nave vuela y me

aparta de ellos, y que no sé donde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le dí á mi garganta por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á cuantos le escuchábamos; y habiéndole consolado y casi asegurado que presto daríamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda que le estorbasen volver á poner en ejecucion su mal intento, y ansí le dejamos: y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dije que la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme: y ¿que mayor mal puede venir á un hombre que la muerte? Y siendo esto así, no es locu-

ra el dilatarla. Con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes; y con la muerte desesperada, no solo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios, porque no os asombre el suceso que habeis visto deste nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar, y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices sucesos.

Todos dieron la voz á uno para responder por todos, el cual de esta manera dijo: Valeroso Capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades: y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon y muchas á la ventura; y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitan vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices: quédense nues-

tras mugeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos; que los Cielos que sustentan los gusarapos del agua tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, izar las velas; pon centinelas en las gavias por ver si descubren en qué podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos son los que aquí vamos á servirte. Agradecíles la respuesta; hice izar todas las velas: y habiendo navegado aquel dia, al amanecer del dia siguiente la centinela de la gavia mayor dijo á grandes voces: Navío, navío. Preguntáronle que derrota llevaba, y que de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teníamos por la proa. Alto pues, dije, amigos; tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son corsarios, el valor que os ha hecho dejar vuestras redes: hice luego cargar las velas, y en po-

co mas de dos horas descubrímos y alcanzamos el navío, al cual embestímos de golpe; y sin hallar defensa alguna saltaron en él mas de cuarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros y gente de servicio; y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, á un hombre de muy buen parecer, y á una muger mas que medianamente hermosa; y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho á un venerable anciano de tanta autoridad, que obligó su presencia á que todos le tuviésemos respeto; no se movió del lecho porque no podia; pero levantándose un poco alzó la cabeza, y dijo: Envainad, señores, vuestras espadas, que en este navío no hallaréis ofensores en quien ejercitarlas; y si la necesidad os

hace y fuerza á usar este oficio de buscar vuestra ventura á costa de las agenas, á parte habeis llegado que os hará dichosos, no porque en este navío haya riquezas ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el rey de los Daneos. Este nombre de rey me avivó el deseo de saber que sucesos habian traido á un rey á estar tan solo y tan sin defensa alguna: lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosegárouse mis compañeros; y ellos y yo estuvimos atentos á lo que decir queria, que fue esto: El Cielo me hizo rey del reino de Danea, que heredé de mis pa-

dres, que tambien fueron reyes y lo heredaron de sus antepasados, sin haberles introducido á serlo la tiranía ni otra negociacion alguna; caséme en mi mocedad con una muger mi igual; murióse sin dejarme sucesion alguna; corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen nadie ha de echar la culpa á otro sino á sí mismo, digo que por culpa mia tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi muger, que á ser ella la que debia, hoy fuera el dia que fuera reina, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debeis de haber visto. Esta pues, pareciéndole ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas se envolvió con él; y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró junto con ella quitarme la vida, maquinando contra

mi persona con tan estrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que á no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del reino de Danca; finalmente, yo descubrí sus intentos á tiempo, cuando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia: una noche en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia, se embarcaron; súpelo, volé á la marina en las alas de mi cólera, y hallé que habria veinte horas que habian dado las suyas al viento; y yo, ciego del enojo y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navío y los seguí, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo; hallélos á cabo de diez dias en una isla que llaman

del Fuego, y cogílos descuidados; y puestos en ese cepo que habréis visto, los llevaba á Danea para darles por justicia y procesos fulminados la debida pena á su delito. Esta es la pura verdad; los delincuentes ahí están, que aunque no quieran la acreditan: yo soy el Rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de ponéroslas y enviároslas donde quisiéredes, para cuya seguridad si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dejad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios á Danea, y traiga este dinero donde le ordenáredes; y no tengo mas que deciros.

Mirábanse mis compañeros unos á otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como capitan lo podia y debia hacer: con todo eso quise tomar parecer con Carino,

con Solercio y con algunos de los demas, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos me tenian dado; y así la respuesta que dí al Rey, fue decirle: Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de ambiciosos tenga semejanza, buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y á destruir piratas; y pues tú estás tan lejos de ser persona de este género, segura está tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te sirvamós, ninguna cosa habrá que nos lo impida; y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella; sigue en paz tu camino; y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones

á tus ofensores, que la grandeza del rey algun tanto resplandece mas en ser misericordioso que justiciero. Quisiérase humillar Leopoldio á mis pies, pero no lo consintió ni mi cortesía ni su enfermedad: pedíle me diese alguna pólvora si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo cual se hizo al punto: aconsejéle asimismo que si no perdonaba á sus dos enemigos, los dejase en mi navío, que yo los pondria en parte donde no la tuviesen mas de ofenderle. Dijo que si haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido: ordené que luego nos volviésemos á nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el Rey partió con nosotros, y queriendo pasar á los dos prisioneros ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navíos, sin dejar que otra vez se

juntasen : desde el borde de mi nave me despedí del Rey á voces ; y él en los brazos de los suyos salió de su lecho , y se despidió de nosotros : y yo me despido ahora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPITULO XV.

A todos dió general gusto de oir el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinacion, sino fue á Mauricio, que llegándose al oido de Transila su hija, le dijo: Paréceme, Transila, que con menos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para que detenerse en decirnos tan por estenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamien-

tos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Transila; pero lo que yo sé decir es que ora se dilate ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno y todo da gusto, pero ninguno le recibia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo ne le dejaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que decir, porque le dejara á él mas que hacer; que las esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas: y

era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro dia, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad; y puesto que nació tan de su voluntad como de la mia en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que seria difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate; y esta consideracion me movió á decirles: Amigos mios, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el Rey, porque os hago saber que una on-

za de buena fama vale mas que una libra de perlas ; y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso ; como el rico , si es vicioso , puede venir y viene á ser infame : la liberalidad es una de las mas agradables virtudes, de quien se engendra la buena fama ; y es tan verdad esto , que no hay liberal mal puesto , como no hay avaro que no lo sea. Mas iba á decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oidos como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío que no lejos del nuestro á orza por delante de nosotros pasaba : hice tocar al arma , y dile caza con todas las velas tendidas , y en breve rato me le puse á tiro de cañon ; y disparando uno sin bala en señal de que amainase, lo hizo así , soltan-

do las velas de alto abajo. Llegando mas cerca ví en él uno de los mas estraños espectáculos del mundo; ví que pendientes de las entenas y de las jarcias venian mas de cuarenta hombres ahorcados : admiróme el caso , y abordando con el navío , saltaron mis soldados en él sin que nadie se lo defendiese ; hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos , unos con las cabezas partidas , y otros con las manos cortadas ; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma ; este gimiendo dolorosamente , y aquel gritando sin paciencia alguna : esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobremesa, porque los manjares nadaban entre la sangre , y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino ; en fin , pisando muertos y hollando heridos , pasaron los mios adelante , y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadron has-

ta doce hermosísimas mugeres , y delante de ellas una que mostraba ser su capitana , armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio que pudiera servir de espejo á quererse mirar en él; traia puesta la gola , pero no las escarcelas ni los brazaletes ; el morrion sí , que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores ; tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro , con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada . con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados , que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo , que de mi nave la estaba mirando , por verla mejor pasé á su navío á tiempo cuando ella estaba diciendo : Bien creo , ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño

escuadron de mugeres que á la vista se os ofrece, el cual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotros temor alguno: embestid, si venís sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Lituania; casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linaje como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al Rey mi tio con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicímos; pero la hermosura y el vino que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia: á

noche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño ; y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento: pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusímos en defensa, aprovechándonos del poco tiempo y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos y con cuatro criados, que libres del humo de Baco nos acudieron, hicímos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta ; y pasando adelante con nuestra venganza, habemos hecho que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente: cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa y nuestra cólera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se es-

tendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar; solo puedo añadir que os las entregaré de buena gana: tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas antes quedareis infames que ricos.

Pareciéronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero corsario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo á este punto: Que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo quereis; y entended que obras tales nunca las deja el Cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles

de tan mal fruto y limpiad esa cubierta; y entregad á esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servirlas. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto, se me humilló Sulpicia; la cual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme; y lo que hizo fue mandar á una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros; abrióslos Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá, y aun sin quizá, cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian, porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico

collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: Toma, Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece; dádiva es de una pobre viuda, que ayer se vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se ve sujeta á la discrecion de estos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes; y tomando el collar, me volví á mis soldados, y les dije: Esta joya es ya mia, soldados y amigos mios; y así puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo; tómele y guárdele el que quisiere, que en hallando quien le com-

pre se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: Quisiéramos, ó buen Capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondíamos á la tuya: vuelve el collar á Sulpicia; la fama que nos prometes no hay collar que la ciña, ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los mios que le sirviesen de guarda y de marineros para llevar su nave á Lituania: hízose así, contentísimos los doce que escogí. solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos y de muchas conservas, de que careciamos: so-

plaba el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero : despedímonos de ella, supo mi nombre y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas; ella llorando lágrimas del placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividímos y apartamos. Olvidaba de deciros como volví el collar á Sulpicia, y ella le recibió á fuerza de mis importunaciones; y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los mios sobre que derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demas navíos que por el mar navegasen, ó por lo menos si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese

á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena; y yo, llamando á un pescador marinero que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dijo á esta sazon Mauricio á Transila su hija, que se pone ahora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra no da lugar á que me entretenga ni ocupe en saber cuales son fijas, ó cuales erráticas estrellas, cuanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XVI.

Comenzaba á tomar posesion el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y

desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos; y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y admiracion: en esto. el que estaba conmigo, dijo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados que se llaman náufragos; y si esto es así, en gran peligro estámos de perdernos; menester es disparar toda la artilleria, con cuyo ruido se espantan: en esto ví alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dijo el piloto; disparemos con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo con-

fusos y agazapados los marineros que no osaban levantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestigios : con todo eso se dieron priesa á disparar la artillería y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huímos del sobre estante peligro, que fue el mayor en que hasta entonces nos habíamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisímos esperar el dia sin apartarnos de su ribera; amainamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos de quien el sueño tomó posesion blanda y suavemente : en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya

fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofrecieron á la vista prados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas ; en el cual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrímos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos : de algunos pendian ramos de rubíes que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubíes; de otros pendian camuesas, cuyas mejillas la una era de rosa, la otra de finísimo topacio ; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar y cuyo color de los que se forman en el cielo cuando el sol se traspone : en reso-

lucion, todas las frutas de quien tenemos noticia estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con estremo increible. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos: á los ojos, con la belleza y la hermosura; á los oidos, con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad y que no querian ni acertaban á cobrarla; al olfato, con el olor que de sí despedian las yerbas, las flores y los frutos; al gusto, con la prueba que hicímos de la suavidad de ellos; al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur,

los diamantes de las Indias, y el oro del Tibar. Pésame, dijo á esta sazon Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fe que le habia dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dijo Transila su esposa, que por mas que digais no podréis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el cual, como se ha dicho, cuando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas, que cuando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir falta entendimiento que lo perciba, y aun cortesías que lo crean: volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vímos, sin que la vista nos pudiese engañar; digo, que vímos salir de la abertura

de la peña, primero un suavísimo son que hirió nuestros oidos y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro que no sabré decir de que materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota que escapaba de alguna gran borrasca; tirábaula doce poderosísimos simios, animales lascivos; sobre el carro venia una hermosísima dama vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas; venia arrimada á un baston negro, y en él fija una tablachina ó escudo, donde venian estas letras, SENSUALIDAD; trás ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin

voz, de dura piedra formados. Llegóse á mi la Sensualidad, y con voz entre airada y suave me dijo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida á lo menos el gusto: y diciendo esto pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete ú ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo, y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entonces á los mios para preguntarles qué les parecia de lo que habian visto; pero estorbólo otra voz ú voces que llegaron á nuestros oidos bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formábanlas un escuadron de hermosísimas, al parecer doncellas, y segun la guia que traian, éranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabanza de su mas que hu-

mana hermosura: ¿qué me pidieran á mí entonces que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que á pedirme la vida, no la negara si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: La Continencia y la Pudicicia amigas y compañeras acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse; ni la dejarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entonces yo, á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y estraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: «¡O únicas consoladoras de mi alma, ó ricas prendas por mi bien

halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo;» fue tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los mios, sin que faltase alguno de ellos. A lo que dijo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormíades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela adonde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprenden de la memoria, de manera que quedan en ella siendo mentiras como si fueran verdades. A todo esto ca-

llaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno de ellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dijo: Prosigue, Periandro, tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir de donde venias la primera vez que á esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas que por la eleccion de su padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de cuan poco fruto son las digresiones en cualquiera narracion, cuando ha de ser sucinta y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar á Auristela y

el pensamiento en pensar en ella ; y así para él importaba muy poco ó nada que callase ó que hablase Periandro , el cual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática , determinó de proseguirla , abreviándola y siguiéndola en las menos palabras que pudiese , y así dijo.

CAPITULO XVII.

Prosigue Periandro su historia.

Desperté del sueño, como he dicho; tomé consejo con mis compañeros que derrota tomaríamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de corsarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos; y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela cuando yo la ví soñando. Riéronse de mi pregunta, y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar sin que nos suce-

diese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navíos de corsarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos á nuestro navío y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaron sino lo robado.

Sucedió pues, que un porfiado viento nos salteó una noche, que sin dar lugar á que amainásemos algun tanto, ó templásemos las velas en aquel término que las halló, las tendió y acosó de modo, que como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota, tanto, que tomando mi piloto el altura del polo donde nos tomó el viento, y tanteando las aguas que hacíamos por hora y los dias que habíamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas poco mas ó me-

nos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debajo del Norte en el paraje de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza dijo: ¡Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estámos en el mar Glacial, digo, en el mar helado; y si aquí nos saltea el hielo, quedarémos empedrados en estas aguas. Apenas hubo dicho esto cuando sentímos que el navío tocaba por los lados y por la quilla, como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo que por de dentro se formaban impedian el movimiento del navío: amainamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese; y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo, que cogiéndonos enmedio, dejaron al navío en-

gastado en ellas como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos y á entristecer nuestras almas; y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dímos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navío hubiese, en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre: tendímos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, sino fue con un bulto negro que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ó ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navío, á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he

visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga mas el alma que una repentina muerte; que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta pues, que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolucion si no desesperada, temeraria por lo menos; y fue que consideramos que si los bastimentos se nos acababan el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana; y así determinamos de salirnos del navío y caminar por encima del hielo, é ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado con pies enjutos un escuadron pequeño, pero de valentísimos soldados; y siendo yo la guia,

resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adevinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venís, gente desesperada? qué buscais? venís por ventura á apresurar nuestra muerte y á morir con nosotros? Volveos á vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños si es posible; porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene; para quince dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dejo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella; no hay respeto

que valga ni buen término que se guarde: acogednos en vuestro navío de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.

Esto, le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viéndose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron á las armas y se pusieron en órden de defenderse: los nuestros, á quien la desesperacion de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navío, y casi sin recibir herida le entraron y le ganaron; y alzóse una voz entre nosotros que á todos les quitásemos la vida por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el

bastimento que en el navio halásemos. Yo fuí de parecer contrario ; y quizá por tenerle bueno en esto, nos socorrió el Cielo , como despues diré , aunque primero quiero deciros que este navío era el de los corsarios que habian robado á mi hermana y á las dos recien esposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido , cuando dije á voces : ¿A donde teneis , ladrones, nuestras almas? á donde están las vidas que nos robasteis ? qué habeis hecho de mi hermana Auristela y de las dos Selviana y Leoncia , partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio ? A lo que uno me respondió: Esas mugeres pescadoras que decís , las vendió nuestro capitan , que ya es muerto , á Arnaldo príncipe de Dinamarca. Así es la verdad , dijo á esta sazon Arnaldo , que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama y á otras dos hermosísimas doncellas, de unos piratas que me las ven-

dieron, y no por el precio que ellas merecian. ¡Válame Dios! dijo Rutilio en esto; ¡y por que rodeos y con que eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ó historiador tan verdadero como gustoso. Si haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPITULO XVIII.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer para quedarse con Auristela sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponia delante Arnaldo príncipe de Di-

namarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personaje, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora: quisiera buenamente lograr sus deseos á pie llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasarse: acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaidora Zenotia, con la cual se concertó que antes de dar otra audiencia á Periandro se pusiese en efecto su designio, que fue, que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad y se pegase fuego al palacio por tres ó cuatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en co-

bro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del cual previno gente que robasen el bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela: y asimismo ordenó á Policarpa su hija, conmovido de lástima cristiana, que avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrilles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era, que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetía que los acogiese.

Llegóse la noche, y á las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion y alboroto á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los designios de su traidor y enamorado padre, que se estendian á quedarse con

Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro, llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio; y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto y segura embarcacion en la saetía, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, al parecer huida, se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra ó hasta otra parte mas lejos de aquella isla. Entre la confusa gritería y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios pa-

ra que los abrasase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpo mirando si salia cierto el robo de Auristela; y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia: pero viendo que se habian embarcado todos sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos los baluartes y todos los navios que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navío de los que en él huian, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian que enemigos los asaltaban, ó que intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer, parte segura del fue-

go que lo demas del palacio iba consumiendo : acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huéspedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordíase las manos Zenotia, y maldecia su engañosa ciencia y las promesas de sus malditos maestros: sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia para hacerla volver en su acuerdo. Volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetía donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte de ella;

y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra y voces al aire, dijo estas ó otras semejantes razones: O hermoso huésped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa que me dijeses palabras amorosas para engañarme; amaina esas velas, ó témplalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, solo porque vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abrase toda esta ciudad, que

si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el Cielo para tí solo. A esta sazon volvió á hablar con su hermana, y le dijo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amainado algun tanto las velas? ¿No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios! si se habrá arrepentido! ay Dios! si la rémora de mi voluntad le detiene el navío! Ay, hermana! respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navío vuela sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se

descubria : los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto y el mal nacido deseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia ; y aquel mismo dia le depusieron del reino, y colgaron á Zenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran , y la ventura que tuvieron fue tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos , porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas. Los del navio , viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al Cielo de su buen suceso : de ellos supieron otra vez los traidores designios de Policarpo ; pero no les parecieron tan traidores que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados : dis-

culpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte ni razon que no atropelle.

Hacíales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viaje puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el designio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo ni miedo de ningun suceso adverso. Tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, al poner del sol se comenzó á turbar el viento y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros; que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte que cuando les apretaba este te-

mor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fue conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navíos: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos. Dijeron tambien que en una de las ermitas servia de ermitaño un caballero principal francés llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaña una señora francesa llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: hízose así con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo sin que nadie se lo impidiese; y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona al-

guna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venian. con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar; y aunque se hizo así, fue parecer del bárbaro Antonio que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navío guardándole, pues la fe de sus marineros poco esperimentada no les debia asegurar de modo que se fiasen de ellos; y en efecto, los que se quedaron en el navío fueron los dos Antonios, padre y hijo, con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves: mejor huele la pez. la brea y la resina de sus navíos que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del

viento, y á la claridad de mucha lumbre que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la de esta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XIX.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego; que puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos todavía, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion

de la humana suerte que cuando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente: los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que cuando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien; y este en que estoy, teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi

hermana y de las dos recien desposadas pescadoras y de Cloelia al príncipe Arnaldo que aquí está presente.

En tanto que los mios andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navío, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadron de armada gente de mas de cuatro mil personas formado: dejónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas mas por muestra de ser hombres que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho; y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y de esta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes; y uno de ellos que,

como despues supe, era el capitan de todos, llegándose cerca de nuestro navío á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara dijo: Cratilo, rey de Lituania y señor de estos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada y sacar de ellos los navíos que del hielo están detenidos, á lo menos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustáredes de aceptar este partido sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no, aparejaos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis pescadores me dieron decir que el

fin de todos los males y el mayor de ellos era el acabar la vida, la cual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian no intervenia ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, seria bien rendirnos y dar lugar á la mala fortuna que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta dí al capitan del escuadron; y al punto, mas con apariencia de guerra que con muestras de paz, arremetieron al navío, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron cuanto en él habia, hasta la misma artillería y jarcias, á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima aseguraron poderlos llevar tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: robaron ansimismo lo que hallaron en el

otro nuestro navío, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiraron y nos llevaron á tierra, que debia de estar desde el lugar del navío como veinte millas: paréceme á mí que debia de ser cosa de ver caminar tanta gente por cima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el Cielo algunos de sus milagros; en fin, aquella noche llegamos á la ribera, de la cual no salímos hasta otro dia por la mañana, que la vímos coronada de infinito número de gente que á ver la presa de los helados y yertos habian venido.

Venia entre ellos sobre un hermoso caballo el rey Cratilo, que por las insignias reales con que se adornaba conocímos ser quien era: venia á su lado ansimismo á caballo una hermosísima muger armada de unas armas blancas, á quien no podian acabar de encubrir un velo negro con que venian cubiertas; llevóme tras sí la

las mayores si pudiera : este fue en fin el que acomodándose , ó por mejor decir. haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados , dándome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia. Yo entonces , á lo que creo , rojo el rostro con las alabanzas , ó ya aduladoras ó demasiadas que de mí oia , no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiéndole las manos, que no me las dió para besárselas , sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demas gente buscando á sus compañeros, abrazándose unos á otros ; y llenos de contento y regocijo, se contaban sus buenas y malas suertes ; los del mar exageraban su hielo, y los de la tierra sus riquezas : á mí , decia el uno , me ha dado Sulpicia esta cadena de oro ; á mi , decia otro , esta joya que vale por dos de esas cadenas ; á mí,

replicaba este, me dió tanto dinero; y aquel repetia, mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno, sin poderse averiguar con él: era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hacian hermoso; venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me contó el Rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que

agora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, cuando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navio, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas que hácia ellos se encaminaban: levantóse en pie, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que seria. Y á la escasa luz de la luna, que cubierta de nubes no dejaba verse, vieron que hácia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran si uno de ellos con voz clara no dijera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que teneis desierta y sola la podeis mejorar si quisiéredes en la nuestra, que en la cima de esta montaña está puesta; luz y lumbre

hallaréis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo menos necesarios y de gusto. Yo le respondí: ¿Sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dijérades los desdichados, respondió el bulto, acertáredes en ello; pero en fin, nosotros somos los que decís y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nuestra estrecheza. Arnaldo fue de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantáronse todos, y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirvieron de guias, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que

parecia algo mayor hallaron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba. que era un altar con tres devotas imágenes: la una, del Autor de la vida ya muerto y crucificado; la otra, de la Reina de los Cielos y de la Señora de la alegría, triste y puesta al pie del que tiene los pies sobre todo el mundo: y la otra del amado Discípulo que vió mas estando durmiendo que vieron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita. á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dejarán de contar las que allí pasaron, ansí de la pobre cena, como del estrecho regalo que solo se alargaba en la bondad

de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecian las muestras de haber sido rara en todo estremo. Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, á quien sirvieron de camas secas espadañas, con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita en diferentes puestos tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el dia claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen volviéndose á embarcar; y sin duda alguna se hiciera así si el piloto de la nave no subiera á decir que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian sereni-

dad tranquila, los efectos habian de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él, que en el arte de la marinería mas sabe el mas simple marinero que el mayor letrado del mundo: dejaron sus herbosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña ísla que solo podia bojar hasta doce millas; pero tan llena de árboles fructíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes, y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el dia, cuando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huéspedes; y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que

suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente que no semejase bizcocho; coronando la mesa asimismo de vasos de corcho, con maestría labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corchos, mostraban su claridad; y la necesidad juntamente obligó á todos y aun les forzó por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentasen: hiciéronlo así; y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato que les contase su historia y la causa que á la estrecheza de tan pobre vida le habia conducido; el cual como era caballero, á quien es anexa siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, de esta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPITULO XX.

Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las ermitas.

Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos: esto no podré decir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendráronme padres nobles, ricos y bien intencionados; criéme en los ejercicios de caballero; medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la Reina de Françia, á quien so·

lo con los ojos la di á entender que la adoraba; y ella, ó ya descuidada ó no advertida, ni con sus ojos ni con su lengua me dió á entender que me entendia: y aunque el disfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza con quien suele crecer, en mí fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza con que subir hasta el cielo de merecerla. Pero la envidia ó la demasiada curiosidad de Libsomiro, caballero ansimismo francés, no menos rico que noble, alcanzó á saber mis pensamientos; y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas envidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan á todo estremo; el uno es querer y no ser querido; el otro querer y ser aborrecido: y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los zelos. En re-

solucion, sin haber yo ofendido á Libsomiro, un dia se fue al Rey y le dijo como yo tenia trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la majestad Real, y contra la ley que debia guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrase la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomiro de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo; remitióse la prueba á las armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su reino por no ir contra la ley católica que lo prohibe: diónosle una de las ciudades libres de Alemania; llegóse el dia de la batalla; pareció en el

puesto con las armas que se habian señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran; partiéronnos el sol, y dejáronnos.

Entré yo confiado y animoso por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo y la verdad de mi parte: de mi contrario bien sé yo que entró animoso y mas soberbio y arrogante que seguro de su conciencia. ¡ O soberanos Cielos! ó juicios de Dios inescrutables! Yo hice lo que pude; yo puse mis esperanzas en Dios y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos; y con todo eso y no saber decir el como, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amena-

zándome de presta y inevitable muerte. Aprieta, dije yo entonces, ó mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta de esa espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo; pecados sí tengo yo que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mí mismo; y así, mas quiero morir con honra que vivir deshonrado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el celebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomáronme por muerto, y dieron á mi enemigo lauro de la victoria; sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dejaron solo en poder del quebranto y la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto

dolor como yo pensaba, pues no fue bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo: recogiéronme mis criados; volvíme á la patria; ni en el camino ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al Cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban. pensaba que me ofendian; el claro cielo para mí estaba cubierto de oscuras tinieblas; ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra; finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolias, pensamientos y confusas imaginaciones, que por salir de ellas, ó á lo menos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria; y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un

navio con algunos de mis criados quise desterrarme y venir á estas septentrionales partes á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre: hallé esta isla acaso; contentóme el sitio; y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita y encerréme en ella; despedílos; díles órden que cada un año viniesen á verme para que enterrasen mis huesos: el amor que me tenian, las promesas que les hice, y los dones que les dí, les obligaron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fuéronse y dejáronme entregado á mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mi mismo de no haber sido vencido en muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hu-

biera venido antes al descanso de gozallos. ¡ O soledad alegre, compañía de los tristes ! ¡ O silencio . voz agradable á los oidos donde llegas , sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen ! ¡ O que de cosas dijera , señores , en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio ! pero estórbamelo el deciros primero como dentro de un año volvieron mis criados y trajeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente: á quien mis criados dijeron en el término que yo quedaba ; y ella agradecida á mis deseos , y condolida de mi infamia , quiso , ya que no en la culpa , serme compañera en la pena ; y embarcándose con ellos , dejó su patria y padres , sus regalos y sus riquezas , y lo mas que dejó fue la honra , pues la dejó al vano discurso del vulgo . casi siempre engañado , pues con su huida confirmaba su yerro y el mio ; recibíla como ella esperaba que yo

la recibiese ; y la soledad y la hermosura que habian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo y á la honestidad suya, dímos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivímos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten : traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese ; tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos Oficios ; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los

circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos al cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes; á los malos por castigo, y á los buenos por mejora; y en el número de los buenos pusieron á Renato, con el cual gastaron algunas palabras de consuelo; y ni mas ni menos con Eusebia que se mostró prudente en los agradecimientos y consolada en su estado. ¡O vida solitaria! dijo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡O vida solitaria! dijo, santa, libre y segura que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quien te amara, quien te abrazara, quien te escogiera, y quien finalmente te gozara. ¡Ah! dices bien, dijo Mauricio, amigo Rutilio; pero esas consideraciones han de caer sobre gran-

des sugetos; porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre que en la ciudad muere de hambre se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza; y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las agenas aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Aníbal Cartaginés encerrado en una ermita, como ví á un Cárlos V encerrado en un monasterio, suspendiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende; fuera va de este cuento Renato, que le trajeron á estas soledades; no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía; y el no tener mas que perder le

hace vivir mas seguro, á lo que añadió Periandro: si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dejan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo en quien quedé de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á sus tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fue así.

——

CAPITULO XXI.

Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo como famoso.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito, tenian tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de de mostrar que deseaba servirle; pareciéndome que el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho; y así no tan maduro como presuroso fuí donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pie en el estribo, pues no le te-

nia, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre el mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo como guzto mio, le hice volar por el aire y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé que pues el mar estaba helado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fue así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño que haberme sacudido de sí el caballo y echado á rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero cuando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso á milagro, juzgaron á locura mi atre-

vimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto dal caballo tan sin lesion. que quisiera él, por lo menos que se hubiera quebrado tres ó cuatro piernas. porque no dejara Periandro tan á la cortesía de los que le escúchaban la creencia de tan desaforado salto ; pero el crédito que todos tenian de Periandro, les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle , que asi como es pena del mentiroso que cuando diga verdad no se le crea , así es gloria del bien acreditado el ser creido cuando diga mentira ; y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro , prosiguió la suya diciendo : Volví á la ribera con el caballo ; volví asimismo á subir en él , y por los mismos pasos que primero. le incité á saltar segunda vez ; pero no fue posible , porque puesto en la punta de la levantada peña , hizo tanta fuerza por no arrojarse . que puso las ancas en

el suelo y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra : cubrióse luego de un sudor de pies á cabeza tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo ; de manera, que los muchachos se atrevieron á manosearle , y los caballerizos del Rey enjaezándole subieron en él, y le corrieron á mas seguridad; y él mostró su ligereza y su bondad hasta entonces jamás vista , de lo que el Rey quedó contentísimo ; y Sulpicia alegre por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el hielo; y estos se tardaron en acabar un navío que el Rey tenia comenzado para correr en convenible tiempo aquellos mares, limpiándolos de corsarios , enriqueciéndose con sus robos. En este entretanto le hice algunos servicios en la caza , donde me mostré sagaz y esperimentado y gran

sufridor de trabajos; porque ningun ejercicio corresponde así al de la guerra como el de la caza, á quien es anejo el cansancio, la sed y la hambre y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los mios estremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que trajo consigo Sulpicia éstaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navío, mandó el Rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente; y luego me hizo Capitan de él á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto; y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder del rey de Dinamarca: Cratilo me la dió para todo

aquello que quisiese hacer, diciéndome que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como rey, á quien es anexo tanto el hacer mercedes como la afabilidad, y si se puede decir la buena crianza: esta tuvo Suplicia en todo estremo, acompañandola con la liberalidad. con la cual ricos y contentos, yo y los mios nos embarcamos, sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomamos fue á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana; y lo que hallé fueron nuevas de que de la ribera del mar á ella y otras doncellas las habian robado corsarios: renováronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lástimas, á quien acompañaron las de Carino y Solercio, los cuales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prision se debia de comprender la de sus esposas. Sospecharon bien, dijo á esta sazon Arnaldo; y prosiguiendo Periandro dijo: Barrímos todos

los mares, rodeamos todas ó las mas islas de estos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta por ser escuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto: prendímos corsarios, soltamos prisioneros, restituímos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros; y con esto, colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios volver á sus redes y á sus casas, y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes de esto llegamos á aquella isla que á lo que creo se llama Scinta, donde supímos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino vo-

luntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave por ser el viento contrario; y así en trage de marineros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho: allí gané los premios, allí fui coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quien yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navío, y resueltos los mios de dejarme, los rogué que me dejasen el barco como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado; dejáronmele, y aun me dejaran el navío si yo le quisiera, diciéndome que si me dejaban solo no era otra la ocasion sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como lo habia mostrado la esperiencia en las diligencias que habíamos hecho para conseguirle: en resolucion, con seis pescadores que quisieron

seguirme, llevados del premio que les di y del que les ofrecí, abrazando á mis amigos me embarqué, y puse la proa en la isla Bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los tenia engañados, la cual no os refiero porque sé que la sabeis; dí al través en aquella isla, fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados; sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbaratáronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo de ellas con cadenas que me rodeaban el cuello y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo que está presente, por cuya órden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la cual otro dia vino en trage de varon á ser sacrificada; conocila, dolióme su dolor, pre-

vine su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama que la acompañaba; y el modo como allí las dos vinieron, ella lo dirá cuando quisiere; lo que en la isla nos sucedió ya lo sabeis: y con esto y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPITULO XXII.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática: porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian

sido pocos desde que fue robada del poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó á una de las calas de la isla; y luego fue de Renato conocida, el cual dijo: Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces. Ya en esto hecha la zalema y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente que salió á la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato y todos los que con él estaban; hasta veinte serian los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil presencia que mostró ser señor de todos los demas, el cual, apenas vió á Renato, cuando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndo-

le : Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear. Abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dijo : Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegría seria bien que me alegrase, el verte pasa adelante, y tiene escepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dijo : Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena : sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias, antes que muriese, sin habla, se la dió el Cielo seis horas antes que despidiese el alma ; en el cual espacio con

muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido de haberos acusado falsamente; confesó su envidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso quedase por instrumento público esta verdad: la cual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra, y os declaró á tí, ó hermano, por vencedor, y á Eusebia por honesta y limpia; y ordenó que fuésedes buscados, y que hallados os llevasen á su presencia para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os dén gusto, á vuestra buena consideracion lo dejo. Son tales, dijo

entonces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen; porque la honra perdida y vuelta á cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale; gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, hiedra de vuestro muro, olmo de vuestra hiedra, espejo de vuestro gusto, y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos; y luego pasaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenian poca noticia. Sinibaldo respondió que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto por el rey de los Danaos, Leopoldo el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldo fa-

vorecian: contó asimismo como se murmuraba que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse: del cual príncipe decian que cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje, que no se sabia quien fuesen sus padres; contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco, enemigo comun del género humano; dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos V, rey de España y emperador Romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma: dijo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fue al pensativo Arnaldo que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la

mejilla ; y al cabo de un buen espacio que así estuvo , quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el Cielo, esclamando en voz alta , dijo : ¡ Oh amor ! oh honra ! oh compasion paterna ! y como me apretais el alma ! Perdóname , amor, que no porque me aparto te dejo ; espérame , oh honra , que no porque tenga amor dejaré de seguirte; consuélate , oh padre, que ya vuelvo; esperadme, vasallos , que el amor nunca hizo ningun cobarde , ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo : para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser rey , lo que no merezco por ser amante ; que el amante pobre , si la ventura á manos llenas no le favorece , casi no es posible que llegue á felice fin su deseo : rey la quiero pretender , rey la he de servir, amante la he de adorar ; y si con todo

esto no la pudiere merecer, culparé mas á mi suerte que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo: pero el que mas lo quedó de todos fue Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho como aquel era el príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido: puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo; y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es pues el caso, que aquel mismo dia se concertó que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navio á Arnaldo para dejalle en su reino; el cual quiso llevar consigo á Mauri-

cio y á Transila su hija, y á Ladislao su yerno; y que en el navío de la huida, prosiguiendo su viaje, fuesen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza. Rutilio viendo este repartimiento, estuvo esperando á que parte le echarian; pero antes que la declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas y le dejase en aquella isla siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase á los perdidos navegantes, porque él queria acabar bien la vida, hasta entonces mala: reforzaron todos su cristiana peticion; y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedia, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo que él

le prometia, si se viese pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas de ellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra que querríamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje; y al punto de la partida hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro: lloró Transila, no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao; gimió Ricla, enternecióse Constanza, y su pa-

dre y su hermano tambien se mostraron tiernos: andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose de estos y de aquellos, mezclando sollozos y lágrimas todo á un tiempo; finalmente, convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viajes, se embarcaron y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones puesto en lo alto de las ermitas. Y aqui dió fin á este segundo libro el autor de esta peregrina historia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.





ERVANT
ERSILES
SIGISMUND

1—2


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm